

Deslindes lingüísticos en las tierras bajas del Pacífico ecuatoriano. Tercera parte

Jorge Gómez Rendón*

RESUMEN

EL PRESENTE ESTUDIO AMPLÍA EL ANÁLISIS DE LA EVIDENCIA ETNOHISTÓRICA Y ONOMÁSTICA SOBRE LAS LENGUAS DE LA COSTA ECUATORIANA EN LOS ALBORES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA REALIZADO EN CONTRIBUCIONES PREVIAS. A DIFERENCIA DE LOS ANTERIORES, RECURRE TANTO A LA SISTEMATIZACIÓN Y EL ANÁLISIS DE DATOS ONOMÁSTICOS PUBLICADOS EN COMPILACIONES ETNOHISTÓRICAS Y ETNOLINGÜÍSTICAS, A FIN DE COMPLEMENTAR LA INFORMACIÓN Y COTEJAR LAS FUENTES DISPONIBLES. PARA ELLO SE RECURRE AL ESTUDIO ONOMÁSTICO EN VARIAS ZONAS DEL TERRITORIO ASIGNADO A LA CULTURA MANTEÑO-HUANCABILCA. LOS RESULTADOS DEL ESTUDIO CONFIRMAN LA PRESENCIA DE UN SUSTRATO LINGÜÍSTICO BARBACOANO O “COLORADO” EN EL LITORAL DE LA COSTA CENTRO-SUR Y SU HINTERLAND INMEDIATO, EL CUAL APARECE EN ALGUNOS CASOS MEZCLADO CON ONOMÁSTICA PROPIA DE LA LENGUA ESMERALDEÑA (NO CLASIFICADA) Y DE UNA ENTIDAD LINGÜÍSTICA ASOCIADA CON LA CULTURA PURUHÁ-CAÑARI. EL MODELO DE MIGRACIONES BARBACOANAS PERMITE INTERPRETAR LOS RESULTADOS DE ESTE TRABAJO Y DE LOS QUE LE ANTECEDEN DE MANERA COHERENTE, AUNQUE PROVISIONAL, QUEDANDO PENDIENTE PARA FUTURAS INVESTIGACIONES EL RESCATE Y ANÁLISIS DE LA ONOMÁSTICA PREHISPÁNICA QUE REPOSA EN LOS ARCHIVOS Y EN LA MEMORIA ORAL DE LAS COMUNIDADES.

PALABRAS CLAVE: LENGUAS PREHISPÁNICAS - TOPONIMIA - ANTROPONIMIA - FITONIMIA - MANTEÑO-HUANCABILCA.

LINGUISTIC BOUNDARIES IN THE LOWLAND OF THE ECUADORIAN PACIFIC. THIRD PART

ABSTRACT

THE PRESENT ARTICLE EXPANDS ON THE ANALYSIS OFFERED IN PREVIOUS CONTRIBUTIONS OF ETHNO-HISTORIC AND ONOMASTIC EVIDENCE OF THE LANGUAGES OF THE ECUADORIAN COAST AT THE BEGINNING OF THE SPANISH CONQUEST. UNLIKE IN PREVIOUS CONTRIBUTIONS, IT REFERENCES BOTH THE SYSTEMATIZATION AND ONOMASTIC DATA ANALYSIS PUBLISHED IN ETHNO-HISTORIC AND ETHNOLINGUISTIC COMPILATIONS IN ORDER TO COMPLIMENT THE INFORMATION AND COMPARE AVAILABLE RESOURCES. TO DO THIS AN ONOMASTIC STUDY IN SOME ZONES OF THE TERRITORY ASSIGNED TO MANTEÑO-HUANCABILCA CULTURE IS REFERRED TO. THE RESULTS OF THE STUDY CONFIRM THE PRESENCE OF A BARBACOANO OR “COLORADO” LINGUISTIC SUBSTRATUM IN THE SOUTH CENTRAL OF THE COASTLINE AND ITS IMMEDIATE HINTERLAND, WHICH IN SOME CASES APPEARS MIXED WITH THE ESMERALDEÑA (NON-CLASSIFIED) LANGUAGE’S ONOMASTICS AND A LINGUISTIC ENTITY RELATED TO THE PURUHA-CAÑARI CULTURE. THE BARBACOANO MIGRATION MODEL ALLOWS THE INTERPRETATION OF THE RESULTS OF THIS WORK AND OF PREVIOUS CONTRIBUTIONS IN A COHERENT MANNER, HOWEVER PROVISIONALLY, LEAVING PENDING FOR FUTURE RESEARCH THE RESCUE AND ANALYSIS OF PRE-HISPANIC ONOMASTICS THAT RESIDE IN ARCHIVES AND IN THE ORAL MEMORY OF COMMUNITIES.

KEYWORDS: PRE-HISPANIC LANGUAGES - TOPONYMY - ANTHROPONYMY - PHYTONYMY - MANTEÑO-HUANCABILCA.

* Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Escuela de Antropología. Correo electrónico: jgomez630@puce.edu.ec.

Introducción

Este artículo corresponde a la tercera y última parte de la serie titulada *Deslindes lingüísticos en las tierras bajas del Pacífico ecuatoriano*, cuyo objetivo es trazar la situación lingüística de la Costa ecuatoriana en tiempos prehispánicos en base a una nueva recopilación y evaluación de los datos onomásticos disponibles para esta región, cotejándolos con información proveniente de fuentes etnohistóricas y estudios arqueológicos. La primera parte de la serie ofreció una introducción al mosaico étnico de la Costa del Ecuador en tiempos prehispánicos a partir de fuentes etnohistóricas (Gómez Rendón, 2010). En la segunda parte identificamos en la Costa norte una lengua a la cual llamamos, por falta de un glotónimo propio, “el esmeraldeño” (Seler, 1902; Gómez Rendón, 2013).

Mediante la coteja de fuentes onomásticas y etnohistóricas delimitamos el área principal de influencia de esta lengua a lo largo del curso inferior del río Esmeraldas, siguiendo la franja costera desde la bahía de San Mateo, al suroeste por la actual población de Atacames y al sur por la ensenada de Mompiche hacia el interior, adentrándose en las sierras de Mache y Chindul, históricamente conocidas como “Sierra de Campaz”. En un estudio posterior, que no forma parte de la serie (Gómez Rendón, 2015), identificamos un continuo de variedades dialectales de una lengua perteneciente a la familia lingüística barbacoana, a la cual pertenecen hoy en día el tsa’fiki, el cha’palaa y el awapit (Fabre, 2005).

A través del análisis de la toponimia y su cotejo con fuentes etnohistóricas y estudios arqueológicos, delimitamos el área de influencia de este continuo dialectal de la siguiente manera: por el norte, en las cuencas de los ríos Cayapas y Santiago en la provincia de Esmeraldas; por el oeste, a lo largo del piedemonte occidental de los Andes y sus contrafuertes en las provincias serranas de Imbabura, Pichincha, Cotopaxi y Bolívar; y por el sur, a lo largo de las cuencas de los ríos Daule y Babahoyo, a lo ancho de la sección oriental de las actuales provincias de Manabí, Santa Elena y Guayas y toda la extensión de la provincia de Los Ríos. Al momento queda por saber cuál fue la composición lingüística de la Costa centro-sur en lo que respecta a su porción occidental, es decir, a la franja litoral y su hinterland inmediato.

Volvemos ahora a preguntarnos en qué medida las zonas de influencia de una lengua, tanto las delimitadas como las que quedan por delimitar, corresponden en alguna medida a las cuatro grandes culturas que la arqueología ha identificado para el período de Integración de la Costa ecuatoriana (500 a.C. – 1532 d.C.): la cultura Atacames, la cultura Jama-Coaque, la cultura Milagro-Quevedo y la cultura Manteño-Huancavilca.

Sobre la dificultad de asociar las fases arqueológicas del Período de Integración con sendas unidades políticas, Meggers (1966: 122) señalaba hace más de cincuenta años que la enumeración de grupos etnolingüísticos hecha por los españoles en las épocas más tempranas de la Conquista y la colonización no coincide con áreas arqueológicas. En su momento hicimos la misma advertencia en el sentido de que a una cultura puede corresponder más de una lengua tanto como una lengua puede ser hablada por individuos pertenecientes a varias culturas (Gómez Rendón, 2010: 11). Desde este punto de vista, una asociación entre las áreas de influencia lingüística que hemos deslindado y las culturas arqueológicas del Período de Integración es posible solo a cuenta de no asumir una relación unívoca entre lengua y cultura y recordar que el estudio de los vestigios lingüísticos de la onomástica debe considerar también criterios de estratificación.

Si tomamos en cuenta sus respectivas áreas de influencia, podríamos empezar por asociar la lengua esmeraldeña con la cultura Atacames. Los problemas de una asociación semejante saldrían enseguida al paso. En primer lugar, la distribución toponímica del esmeraldeño se extiende dentro del área de influencia de la cultura Jama-Coaque, al menos en sus fases Muchique 2 y 3 (750 – 1532 d.C.). En segundo lugar, la fase Muchique 5, que se adentra en el período colonial, bien podría corresponder a los llamados campaces del registro etnohistórico (Zeidler y Sutliff, 1994; Pearsall y Zeidler, 1994), los cuales, si seguimos a Jijón y Caamaño (1941, II: 110), no serían otros que los “Colorados” o Tsáchilas y su lengua, por lo tanto, otro de los dialectos “colorados”.

Dado que el área de influencia del continuo dialectal “colorado”¹ era extensa (cf. *supra*), lo más probable en este caso es que le correspondiera una mayor diferenciación social y cultural. La primera asociación entre una lengua barbacona y una cultura precolombina se la debemos a Jijón y Caamaño (1941, I: 235-285), quien postula la presencia de una lengua “colorada” en el área de influencia de la cultura Caranqui. La segunda asociación, que somos los primeros en trazar, vincula las cuencas de los ríos Santiago y Cayapas, zona de evidente toponimia “colorada”, con la fase cultural Tumbaviro, representada según De Boer (1996: 171s) por un grupo emparentado con los históricos coaiqueres, hablantes de una lengua barbacona cercana al awapit actual. Una tercera asociación, esta vez para el piedemonte occidental de los Andes y sus contrafuertes, en lo que tiene que ver con Pichincha e Imbabura, relaciona la onomástica “colorada” con el área de influencia de la cultura yumbo, al menos tal como ha sido descrita por la arqueología (Lippi, 1986, 1998, 2003; Jara, 2006) y la etnohistoria (Salomon, 1997). Una cuarta y última asociación solapa el área toponímica “colorada” de las cuencas de los ríos Daule y Babahoyo con la cultura Milagro-Quevedo (Estrada, 1954, 1957), cuyos representantes serían los Chonos del registro etnohistórico (León-Borja de Szászdi 1964; Newson 1995; Delgado-Espinoza 2002) en base a la notable coincidencia entre la distribución de los restos de dicha cultura y el área del llamado “reino chono” (Espinoza Soriano 1988: 120).

Llegados a este punto, la pregunta obvia es si existió una entidad lingüística que correspondiera al área de influencia de la llamada cultura manteño-huancavilca. Tal cosa se podría esperar según el análisis de Jijón y Caamaño (1941, II)—quien sostiene la existencia de una única lengua con una amplia variación dialectal—pero no de la anónima *Descripción de la ciudad de Guayaquil* (1605)—que sugiere más bien la presencia de varias lenguas en los antiguos distritos de Guayaquil y Portoviejo. En este contexto, el objetivo del presente estudio es delimitar, a partir de la evidencia etnohistórica y onomástica, un área en la Costa centro-sur que pueda asociarse con la cultura manteño-huancavilca.

Como los estudios que le anteceden, el que presentamos a continuación explora las escasas fuentes onomásticas publicadas, las cuales, para el caso de la Costa del Ecuador, son aún más exiguas. Dichas fuentes son principalmente de tipo etnohistórico y cartográfico. Al mismo tiempo, a diferencia de los estudios anteriores, el presente se basa en información recogida en investigaciones de archivo (para datos antroponímicos y toponímicos) y de campo (para datos fitonímicos y antroponímicos). Esta estrategia metodológica resulta imprescindible para completar y cotejar las fuentes publicadas.

Por la amplitud del área correspondiente a la cultura manteño-huancavilca, delimitamos dos zonas para el levantamiento de los datos en campo, ambas en la provincia de Santa Elena, en el territorio tradicionalmente asociado con el pueblo huancavilca. La primera zona abarcó las parroquias de Colonche y Chanduy. En la primera de ellas se consultaron los registros bautismales disponibles desde el siglo XVIII hasta mediados del XX. En la segunda parroquia se relevó información histórica sobre la toponimia de los sitios huancavilcas patrimoniales de Sacachún y Mamey a partir del Libro de Inscripción de títulos (1764). La segunda zona, al norte de las dos mencionadas anteriormente, se encuentra dentro de la parroquia de Manglaralto, en la microcuenca del río Valdivia. Estamos conscientes de las limitaciones de centrar nuestro estudio en ambas zonas y la dificultad de generalizar cualquier afirmación a otras del territorio tradicionalmente asignado a la cultura manteño-huancavilca, sobre todo a la parte centro-sur de Manabí. No obstante, la metodología seguida en este estudio podrá ser replicada en nuevas investigaciones a fin de cotejar las conclusiones que presentamos al final de esta contribución.

1 El exónimo “colorado”, tal como se aplicó desde la segunda mitad del siglo XVI a varios grupos del piedemonte occidental de los Andes, proviene del uso del achiote para la pintura facial y corporal (Gómez Rendón, 2015: 8s). Desde el trabajo de Beuchat y Rivet (1910) se conoce con el nombre de “colorado” a la lengua tsa’fiki, hablada hoy en día por la nacionalidad Tsáchila. El tsa’fiki forma junto con el cha’palaa el grupo barbacono meridional (Curnow y Liddicoat, 1998). En este trabajo utilizamos el término “colorado”, siempre entre comillas, para referirnos a varios grupos, entre los que se cuentan los Tsáchila y los Chachi, que muestran un mismo origen etnolingüístico a partir de la evidencia etnohistórica y onomástica (Gómez Rendón, 2015).

El resto de artículo se divide en cuatro secciones. La primera describe la metodología seguida en el levantamiento y análisis de la información etnohistórica, cartográfica y etnográfica. La segunda sección resume, a partir de fuentes etnohistóricas, el panorama etnolingüístico de la Costa centro-sur. En la tercera sección presentamos los resultados del análisis toponímico, antroponímico y fitonímico, en ese orden, antes de cerrar el artículo en la cuarta y última sección con algunas conclusiones generales respecto a los deslindes lingüísticos realizados para la Costa ecuatoriana en el marco del modelo de las migraciones barbacoanas propuesto por Lippi (2004).

Metodología: levantamiento y sistematización de los datos onomásticos

Los datos onomásticos en los que se basa nuestro estudio provienen de cuatro tipos de fuentes que se clasifican y describen a continuación:

1. Compilaciones toponímicas y antroponímicas relevantes para la Costa centro-sur:

- a. Jacinto Jijón y Caamaño. “Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador Interandino y Occidental con anterioridad a la Conquista Española”, *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, No 6 mayo-junio 1919, pp. 340-413.
- b. Jacinto Jijón y Caamaño. *El Ecuador Interandino y Occidental antes de la Conquista española*. Selección: XXII (II, 398-414), XXIV (II, 420-423), y XXVIII, secciones 3 y 7 (III, 141-145, 176-180).
- c. Telmo Paz y Miño. “Las lenguas indígenas del Ecuador. Diccionario Toponímico”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Vol. XLIII LVIX, No. 98-112, 1961-1964.
- d. Irina Xomchuk. “Recopilación de los topónimos de la zona de la baja cuenca del Guayas y de la Península de Santa Elena, Siglos XVI–XVII”, *Cuadernos de Historia y Arqueología* 46–47, 67–78.

La información contenida en estas fuentes se reunió en un único vocabulario onomástico, construido a través de una herramienta lexicográfica digital que facilita la consulta y análisis de los datos. Se enriqueció el vocabulario con información toponímica y antroponímica adicional de crónicas del siglo XVI y de las Relaciones Geográficas (cf. Bibliografía).

2. Cartografía oficial del Instituto Geográfico Militar correspondiente a las zonas donde se realizó el levantamiento de datos en campo y archivo:

- a. Carta topográfica Manglaralto (M IV-E4, 3488-II).
- b. Carta topográfica Colonche (M V-A2, 3487-I).
- c. Carta topográfica Zapotal (M V-A4, 3487-II).
- d. Carta topográfica Chanduy (M V-C2m 3486-I).

En cada carta se identificó los topónimos y se construyó un vocabulario a través de la misma herramienta lexicográfica. La toponimia recogida en esta base de datos sirvió como punto de partida para el levantamiento en campo y archivo, así como para calcular la densidad toponímica no-castellana en cada zona². Adicionalmente, como parte de otro estudio (Gómez Rendon, en preparación), se utilizaron cuarenta cartas topográficas correspondientes al occidente de Pichincha, el occidente de Cotopaxi, toda la provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas, el nororiente de Manabí, el norte de la provincia de Los Ríos y el extremo norte de las provincias de Guayas y Bolívar.

² Se entiende por densidad toponímica la cantidad de topónimos por kilómetro cuadrado o alguna otra medida areal.

3. Fuentes primarias recabadas en archivos parroquiales y provinciales:

- a. Registros bautismales de la parroquia de Colonche para los períodos 1789-1791, 1801-1802, y 1920-1930;
- b. Expedientes que reposan en el Archivo Histórico del Guayas sobre litigios de tierras y otros asuntos para el período 1750-1820;
- c. Inscripciones de títulos de tierras en la parroquia Chanduy, específicamente de los sitios de Sacachún y Mamey.

Como en el caso de las fuentes anteriores, los datos toponímicos y antropónimicos de estas fueron identificados y compilados en una base de datos a través de la mencionada herramienta lexicográfica.

4. Fuentes primarias obtenidas en campo a través de técnicas etnográficas en forma oral y/o escrita que incluyen los siguientes tipos de datos onomásticos:

- a. Topónimos
- b. Antropónimos
- c. Fitónimos

El levantamiento de esta información se realizó en las siete comunas del valle de Valdivia en dos etapas³. La primera etapa estuvo dedicada a recabar información documental. Para la recopilación documental de la toponimia de cada comuna se extrajo información de las siguientes fuentes: 1) mapas y croquis de la comuna; 2) informes de linderación, con información georeferenciada; 3) documentos internos tales como actas de sesiones donde se tratan problemas de tierras; y 4) manuscritos sobre la historia de las comunas. Para el levantamiento documental antropónimo se utilizaron; 1) nóminas actuales y pasadas de comuneros; y 2) manuscritos sobre la historia de las comunas, donde se consignan los nombres de los primeros fundadores y sus familias. Toda la información onomástica obtenida se organizó en una base de datos digitalizada previo al levantamiento de la segunda etapa. Esta consistió en recolectar información a partir de entrevistas individuales y grupales. Durante las primeras se cotejó, corrigió y completó la información onomástica de la base de datos. Las entrevistas grupales se realizaron en dos momentos: en el primero se sondeó el uso actual de la toponimia y la antroponimia de cada comuna e identificó topónimos y antropónimos caídos en desuso; en la segunda sesión se socializó, entre los comuneros de mayor edad y los que mejor conocían la geografía y la historia de cada comuna, las listas de topónimos y antropónimos recogidos en la fase documental con el fin de verificarlos y completarlos.

La composición étnica de la Costa ecuatoriana en tiempos prehispánicos

En el primero de los artículos de la serie *Deslindes lingüísticos en las tierras bajas del Pacífico ecuatoriano* ofrecimos un perfil de la que podría haber sido la composición étnica de la Costa ecuatoriana a partir del análisis de la información etnohistórica disponible (Gómez Rendón, 2010). A continuación, recogemos los puntos más importantes de dicha introducción, con énfasis en la Costa centro-sur.

De acuerdo con Jijón y Caamaño (1943, II: 102-3) es posible identificar siete grupos étnicos para la Costa del Ecuador en la época de la Conquista castellana: 1) los pueblos de marinos, que incluían los de la confederación de mercaderes (¿manteños?), los Huancavilcas y los Puneños; 2) los Caraques o Esmeraldeños; 3) los colimas (actuales Awa); 4) los serranos, que incluían a

3 Las comunas son Loma Alta, Suspiro, La Ponga, Sinchal, Barcelona, San Pedro y Valdivia.

los Cayapas (actuales Chachis) y a los Colorados (actuales Tsáchilas); 5) los Chonos o indios del Daule; 6) los Malabas; y 7) los Yumbos⁴.

Deducir de esta variedad étnica una correspondiente variedad lingüística es un equívoco, tal como lo demostramos en contribuciones previas (Gómez Rendón 2010, 2015). Hasta el momento el cotejo de la evidencia etnohistórica con la evidencia lingüística (onomástica) demuestra la presencia confirmada de dos entidades lingüísticas claramente diferenciadas:

- 1) La lengua esmeraldeña (no clasificada), cuya comunidad de hablantes estuvo representada no sólo por Caraques y Esmeraldeños (wasú), sino también por Dobes, Beliquiamas y Tacames, los cuales, de acuerdo con Jijón y Caamaño, habrían formado parte de una confederación de mercaderes⁵;
- 2) Una lengua representada por un número aún no determinado de lenguas que podrían clasificarse dentro de la familia lingüística barbacona, en la cual se cuentan hoy en día el tsa'fiki, el cha'palaa y el awapit. La comunidad de hablantes de esta lengua estuvo representada por cinco de los seis grupos que identifica Jijón y Caamaño (Colimas, Serranos, Chonos, Malabas y Yumbos), y por nueve de los doce grupos que identifica Palop Martínez (Campaces, Niguas, Sigchos, Colorados, Yumbos, Cayapas, Malabas, Coaiqueres y Sindaguas).

¿Qué podemos decir con respecto a la(s) lengua(s) de los grupos identificados por Jijón y Caamaño para la Costa centro-sur? Sin contar los grupos arriba mencionados, queda por determinar la filiación lingüística de tres grupos, todos correspondientes a los llamados pueblos de marinos: los pueblos de la confederación de mercaderes, posiblemente asociada con los manteños; los puneños; y los huancavilcas. En este contexto es posible identificar dos escenarios posibles. El primero de ellos, suscrito por Jijón y Caamaño, es que la lengua de estos grupos y, por lo tanto, la lengua de todo el litoral centro-sur y su hinterland inmediato—es decir, excluyendo las cuencas del Daule y el Babahoyo—fue una sola. Según este autor:

“Sin incluir la casi segura existencia, en algunos puntos del Litoral, de gentes, cuyas afinidades han de buscarse en la zona montuosa del interior de la región preandina, las lenguas usadas a lo largo de la ribera del Océano, desde la desembocadura del Mira, hasta la del Virú fueron: A) la manabita-puneña-guancavilca, dividida en muchos dialectos; B) la tallana en Piura; C) la mochica más al Sur, repartida en varios dialectos regionales” (Jijón y Caamaño, 1941, II: 387).

Jijón y Caamaño llega a esta conclusión a partir de la evaluación de dos tipos de evidencia histórica: la primera, la referencia que se halla en las crónicas más tempranas a una sociedad dedicada a la navegación y el comercio marítimo en toda la franja costera del Pacífico ecuatoriano; la segunda, la orden emitida por el Sínodo quitense de 1593 para la confección de catecismos en las lenguas de la Audiencia de Quito, entre las cuales se nombra una llamada “de los llanos”. Esto significa que la conclusión sobre la unidad lingüística del litoral ecuatoriano a la que llega Jijón y Caamaño no se basa del todo en un análisis pormenorizado de los copiosos datos onomásticos que recoge, sino en información principalmente etnohistórica.

El segundo de los escenarios—que Jijón y Caamaño considera, pero cuyas implicaciones no llega a sopesar—es la existencia de varias lenguas en el litoral centro-sur. Según la anónima *Descripción de la ciudad de Guayaquil* de 1605, esta podría haber sido la situación sociolingüística predominante: “En cada pueblo [de indios del distrito de Guayaquil], y aun en

4 La variedad étnica habría sido aún mayor. Así, por ejemplo, solo para la Costa norte del Ecuador (norte de Manabí, Esmeraldas y Santo Domingo de los Tsáchilas), Palop Martínez identifica doce grupos étnicos diferentes: Campaces, Niguas, Sigchos, Colorados, Yumbos, Cayapas, Malabas, Lachas, Yambas, Coaiqueres, Barbacons y Sindaguas, estos últimos en el extremo meridional de la costa del Pacífico en la actual república del Colombia (Palop Martínez, 1994: 140).

5 Sobre el parentesco lingüístico de estos grupos véase Gómez Rendón (2019: 159).

algunos en cada parcialidad, hablan los indios lengua diferente, propia y antigua de aquel lugar; no usan lengua común entre todos, ni la del inga, ni otra. La que saben ya casi todos y corre en general, es la castellana” (citado en: Ponce Leiva, 1994, II: 18).

Sin embargo, otros pasajes de la *Descripción* parecen contradecir esta supuesta variedad lingüística. Por ejemplo, al tratar del distrito de Puerto Viejo, el autor anónimo señala que “los indios de esta tierra no convenían en una lengua general y común a todos”, pero aclara enseguida que “los indios marítimos se entienden todos entre sí” (Ibíd.: 33). Asimismo, al tratar del pueblo de San Pablo de Manta, el autor anónimo sostiene que este junto con los de Jaramijó, Camillos y Cama [Jama] tenían “lengua propia y común a ellos” (Ibíd.: 44). Solo en el caso de Charapotó se habla de dos lenguas indígenas a más del castellano: una propia de los naturales de la tierra, otra de aquellos de las parcialidades de Tosagua, Conchipa y Toal.

Considerando esta información, así como el análisis que desarrollamos en esta contribución, creemos que la situación predominante a inicios de la Conquista castellana no fue estrictamente de diversidad lingüística generalizada. Es más probable que el autor de la *Descripción* recurriera al tropo de la *confusio linguarum*, al igual que otros cronistas de la época, como resultado de su incomprensión de las hablas locales, y que el panorama lingüístico mostrara algún grado de unidad, como quería Jijón y Caamaño. También es probable que algunas de las lenguas que menciona la *Descripción* de 1605 fueran dialectos de una sola lengua, con diferentes grados de inteligibilidad, pero radicalmente distintos a oídos castellanos.

Esto explicaría, entre otras cosas, cómo las variedades de las ocho parcialidades de Jipijapa se redujeron a una, como señala el autor de la *Descripción* (Gómez Rendón, 2010: 11). En cualquier caso, dado que la *Descripción* fue redactada setenta años después de las primeras penetraciones españolas en el litoral, la composición etnolingüística de la Costa debió haber cambiado para entonces no solo por el despoblamiento, sino también por la movilidad de los grupos dentro del sistema de encomienda, e incluso por la presencia de tributarios forasteros (Powers, 1994), todo lo cual terminó por castellanizar prontamente la Costa, como sugiere la misma *Descripción* para pueblos como Pasao y Picoaza⁶.

Retomemos ahora la pregunta principal que guía el presente estudio: ¿qué lengua(s) se habla(ron) en el área de influencia de la cultura manteño-huancavilca en los albores de la conquista castellana, es decir, en el área habitada por los indios marítimos, los huancavilcas y los puneños? Ensayamos a continuación una respuesta a esta pregunta a partir del análisis de los datos onomásticos (toponímicos, antroponímicos y fitonímicos) de las fuentes primarias y secundarias descritas en la sección anterior.

Análisis de los datos onomásticos

En este apartado discutimos los datos onomásticos correspondientes a los nombres de lugares, masas de agua, montes, apellidos y fitónimos que aparecen en las distintas fuentes. En la primera sección analizamos las marcas toponímicas identificadas por Jijón y Caamaño (1919) para el litoral centro-sur a la luz de nueva información onomástica contenida en recopilaciones posteriores del propio Jijón y Caamaño (1940-1943), en el *Diccionario Toponímico de Paz y Miño* (1961-1964) y en las cartas topográficas de Manglaralto, Colonche, Zapotal y Chanduy. A partir de los resultados expuestos en la primera sección, la segunda presenta y analiza los datos toponímicos de las parroquias de Chanduy (sitios de Sacachún y Mamey) y Manglaralto

6 Ninguna de las tres relaciones geográficas de la provincia de Guayaquil del siglo dieciocho—Montúfar y Fraso (1754), Anónimo (1772), Requena (1774)—menciona una lengua hablada por indígenas que no sea el castellano. Esto confirma la temprana castellanización de la Costa que sugiere el anónimo de 1605. Las únicas excepciones son La Canoa y Tosagua, donde se habrían asentado, luego de su reducción, hablantes del esmeraldeño, algunos de los cuales al parecer vivían aún en Río Verde y Atacames hacia 1808 a juzgar por el relato de viajes de William Bennet Stevenson. Un estudio etnohistórico y lingüístico sobre el esmeraldeño y sus hablantes lo desarrollamos en otro lugar como parte del programa de investigación sobre el panorama lingüístico prehispánico de la Costa del Ecuador (Gómez Rendón, 2013, 2019).

(microcuenca del río Valdivia). La tercera sección corresponde al estudio de la antroponimia extraída de los registros bautismales de Colonche, de varios expedientes del Archivo Histórico del Guayas y de las listas de miembros de las siete comunas del Valle de Valdivia. La cuarta y última sección discute la escasa fitonimia de origen prehispánico levantada en las mismas comunas, la cual se analiza en el contexto de las relaciones que se pueden trazar con otros datos onomásticos de la región.

Análisis onomástico de información etnohistórica, lexicográfica y cartográfica

En su primer estudio sobre las lenguas prehispánicas del actual Ecuador, titulado *Ensayo Provisional* (1919), Jijón y Caamaño realiza una primera evaluación de las fuentes onomásticas disponibles e identifica para diferentes pueblos un conjunto de marcas toponímicas que el autor divide en bases (raíces) y finales (sufijos). Así, por ejemplo, para los Caranquis—a quienes pone en un mismo grupo con los Cayapas (Chachis) y los Colorados (Tsáchilas)—identifica, entre casi una treintena de formas, la raíz *chic-* y sus variantes *chip/chib/chin*, así como los sufijos *-pi*, *-la*, *-chi*, por nombrar algunos. Al tratar sobre los manabitas o manteños—pues, no reconoce para entonces una identidad sociocultural huancavilca independiente—Jijón y Caamaño identifica las siguientes marcas toponímicas:

Raíz (base)	Sufijo (final)
chon-	-tó
	-ao
	-li
	-ri

Sobre su distribución advierte que “las voces que creemos poder atribuir a los antiguos manabitas se encuentran en la provincia de este nombre y con gran frecuencia en la del Guayas, sin que falten enteramente en la Sierra, ya que se advierten en las actuales provincias del Chimborazo y del Azuay” (Jijón y Caamaño, 1919: 63). Esta dispersión de las marcas toponímicas se menciona nuevamente en el primero y el segundo volumen de su obra *El Ecuador Interandino y Occidental antes de la Conquista castellana* (1940-41), donde, al listar topónimos propios de los históricos Caranquis (Imbabura) y Niguas (Esmeraldas), reconoce su similitud con voces que aparecen en la onomástica manabita y guayasense. Motivado posiblemente por lo disperso de esta distribución, como también por su intención principal de establecer una base etnohistórica sólida para su “liga o confederación de mercaderes”, Jijón y Caamaño olvida retomar en su última obra las marcas toponímicas propias del territorio de los que llama “pueblos de marinos”. De hecho, ni siquiera cita las cinco marcas toponímicas que presentó en su *Ensayo Provisional* y se conforma con reunir toponimia relacionada con poblaciones prehispánicas que aparece en las crónicas.

La debilidad del análisis toponímico que Jijón y Caamaño presenta en su *Ensayo Provisional* se expresa en la asignación apresurada de marcas toponímicas al área de influencia de la cultura manteña. Un estudio atento de las marcas toponímicas revela que su origen, la mayoría de las veces, está fuera de dicha área y se ubica en el interior de la Costa, específicamente en la cuenca del Guayas y sus principales tributarios, el Daule y el Babahoyo. En total, de las 28 voces toponímicas y antroponímicas que ofrece el autor como evidencia onomástica de una entidad lingüística asociada con la cultura manteña, 21 (75%) pertenecen a la cuenca del Guayas y sus afluentes. Probablemente esto se deba a que, para el momento en que escribe su *Ensayo Provisional* (1919), Jijón y Caamaño no tenía claro aún la extensión geográfica correspondiente a la cultura manteño-huancavilca y a otras contemporáneas suyas como la Milagro-Quevedo y la Jama-Coaque, extensión que empezará a vislumbrarse apenas a mediados del siglo pasado

con los trabajos de Estrada (1954, 1957). En efecto, mientras en su primera contribución Jijón y Caamaño habla solamente de una cultura manteña, en la segunda, veinte años más tarde, hace una aclaración a propósito de los pueblos de la Costa centro-sur: “En la actual provincia de Guayaquil, vivían dos clases de gentes; los Chonos que es probable que son [*sic*] los conocidos con los nombres de Campases y Colorados, y los Guancavilcas, muy afines de los Manabitas” (Jijón y Caamaño, 1941, II: 393).

Pese a esta precisión geográfica, Jijón y Caamaño no volvió sobre las marcas toponímicas que presentó en su estudio de 1919. Y no lo hizo por una simple razón: la existencia de una lengua diferente en el área de influencia de la cultura manteño-huancavilca y de otra lengua en el área de influencia de la cultura Milagro-Quevedo carece de evidencia a partir de los datos onomásticos. Esto contrasta con la evidencia etnohistórica y arqueológica, en base a la cual podemos plantear dos entidades diferenciadas: los pueblos de marinos (manabitas y huancavilcas) y los chonos. Es decir, nos hallamos frente a un escenario en el que una lengua no está asociada con una y solo una formación cultural. Los datos que presentamos en esta y las siguientes secciones demuestran, a nuestro entender, que Jijón y Caamaño encontró efectivamente este escenario, pero que incurrió en el error—presumiblemente común entonces, pero asombrosamente vigente hoy en día—de creer que lengua y cultura se encuentran (siempre) en una relación uno a uno.

Es probable incluso que Jijón y Caamaño reprodujera igual error en otro lugar de nuestra geografía. En efecto, este autor insiste en la existencia de una lengua a la que llama “panzaleo”, ubicada principalmente en lo que hoy sería el sur de la provincia de Pichincha, la provincia de Cotopaxi y el norte de Tungurahua. Así parece haberlo intuido en su momento Pérez (1962), quien sostiene—apoyado en una copiosa información onomástica, la cual, no obstante, es objeto de análisis apresurados—que la lengua panzaleo en realidad nunca existió y que la entidad lingüística a la que corresponden los datos toponímicos no es otra que la lengua de los llamados “colorados”, es decir, una lengua de la familia lingüística barbacoana (cf. *infra*).

Si efectivamente Jijón y Caamaño incurrió en el mismo error para el litoral centro-sur y su hinterland inmediato, identificando dos lenguas distintas cuando en realidad se trataba de una sola, ¿es posible entonces asociar el área de influencia de la cultura manteño-huancavilca con la misma lengua que predomina en la toponimia de la cultura Milagro-Quevedo, representada por los Chonos de la cuenca del Guayas y sus tributarios? El análisis de la evidencia onomástica que presentamos nos permite responder afirmativamente esta pregunta, aun si, como veremos, los datos demuestran al mismo tiempo la existencia de otras lenguas que bien pudieron convivir con la primera o que fueron el resultado de diferentes momentos de ocupación del litoral centro-sur, como sostuvo algún momento Jijón y Caamaño (1941, II: 395s).

Las marcas onomásticas del área de influencia de la cultura manteño-huancavilca

Las cinco marcas onomásticas, específicamente toponímicas, que Jijón y Caamaño identifica en su primer estudio como propias de la cultura manteño-huancavilca nos dan pistas para responder a la pregunta formulada líneas atrás. Como dijimos ya, el 75% de los topónimos y antropónimos que cita este autor como evidencia de dichas marcas pertenece a la cuenca del Guayas y sus principales tributarios. El análisis de esta evidencia arroja luz sobre su origen etnolingüístico.

En primer lugar, analizaremos las cuatro marcas más representativas en términos de distribución: los sufijos *-to*, *-li*, y *-ao*, y la raíz *chon-*. En segundo lugar, trataremos del sufijo */ri/*. En ambos casos cotejaremos y ampliaremos la evidencia presentada por Jijón y Caamaño con nuevas voces extraídas del *Diccionario Toponímico* de Paz y Miño (1961-64) y de la recopilación toponímica de fuentes etnohistóricas.

El primer sufijo que aparece con notable regularidad en la zona es el segmento final */to/*. A más de encontrarlo en las voces Jaramitó, Charapotó (poblaciones de Manabí) y en Laguató (antiguo pueblo de indios en la provincia del Guayas), rastreamos su presencia en el área

manteño-huancavilca en la voz *Japotó* (antiguo nombre del pueblo de Charapotó). Conforme nos adentramos en el interior de la Costa, el sufijo se vuelve más frecuente, por ejemplo: *Languto* ~ *Lingoto*, parcialidad en la cuenca del río Babahoyo; *Illanguto*, río en el piedemonte occidental de los Andes, con su cabecera en la zona de Chimbo, provincia de Bolívar; *Quilinto* ~ *Quilintomo*, parcialidad en el área de Baba; *Yanto* ~ *Yantomo* y *Tanto* ~ *Tantomo*, parcialidades en la zona del actual cantón Yaguachi.

Con esta evidencia—que podría extenderse conforme avanzamos a los contrafuertes occidentales andinos—nos preguntamos si es posible identificar para este sufijo una función gramatical asociada con algún tipo de deixis espacial que sugiera localización o referencia geográfica. Consideramos apropiado asociar el sufijo *-to* con el vocablo homófono que en *tsa'fiki*, lengua de los actuales Tsáchilas, significa “tierra” o “territorio”. No es difícil advertir en este caso que el vocablo *to* ‘tierra’ sufrió un proceso de gramaticalización hasta convertirse en un sufijo que entra precisamente en la formación de topónimos.

El sufijo *-li*, otro de los identificados por Jijón y Caamaño en su *Ensayo Provisional*, no aparece propiamente en el litoral centro-sur y su hinterland inmediato. De hecho, los dos topónimos que recoge el autor pertenecen, el uno (*Jelí*) a la zona de Taura, en el cantón Naranjal, provincia del Guayas; el otro (*Mocolí*), a la zona de Babahoyo, provincia de los Ríos. En esta misma provincia hallamos el fitónimo y topónimo *Guachapelí* (sitio en la parroquia de Pueblo Viejo). La presencia de esta marca toponímica en el interior de la Costa es extensa, encontrándose no sólo en la provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas (*Mapalí*, comuna tsáchila; *Bombolí*, cerro sagrado de los Tsáchilas) y, más al sur, en la provincia de El Oro (*Jambelí*, archipiélago fluvial-marítimo; *Eldelí*, poblado del cantón Santa Rosa), sino también en los contrafuertes occidentales y el piedemonte de los Andes desde Pichincha (*Calacalí* ~ *Calicalí*, población al noroccidente de Quito; *Toalí*, cerro en la zona de Calacalí⁷), Cotopaxi (*Piocolí* y *Changalí*, sitios en el cantón La Mana) y Bolívar (*Pachalí*, sitio en el cantón San Miguel). Dada la amplia distribución de este segmento final, resulta curioso que Jijón y Caamaño no lo identificara para las áreas de influencia chachi y tsáchila, como tampoco para el área panzaleo.

Lo más probable es que el significado original de este sufijo sea de naturaleza léxica. La evidencia apunta a un proceso de gramaticalización que lo convirtió en un clasificador nominal útil en la construcción de topónimos. El sufijo */li/*, identificado por Jijón y Caamaño como clasificador nominal en lengua *tsa'fiki*, sirve, según este autor, para indicar “que la cosa que con él se clasifica es flexible, que se puede atar o doblar, y por analogía se emplea también con aquellos objetos que son susceptibles de ser hacinados” (Jijón y Caamaño, 1941, II: 150). No estamos convencidos de esta interpretación. Al contrario, el sufijo parece más bien el resultado de un proceso de gramaticalización del lexema *ali* ‘rama’ y en tal sentido es probable que sirviera para construir topónimos de dos maneras: primero, en sentido literal, para indicar la especie vegetal más común en un lugar, lo cual implica que algunos topónimos terminados en él tienen un origen fitonímico, como lo demuestra el caso ya citado de *Guachapelí* (esp. *Albizia guachapele*, árbol de la familia de las leguminosas), fitónimo utilizado como topónimo (*Guachapelí*, sitio en la parroquia de Pueblo Viejo, provincia de los Ríos); segundo, en sentido metafórico, para indicar “ramales” de ríos, como es el caso de la voz *Sali*, riachuelo que se origina en el río Blanco, al noroccidente de Pichincha, pero también de *Jambelí*, a propósito de las ramificaciones fluvio-marítimas del archipiélago que lleva este nombre.

A diferencia de los anteriores, el segmento final *-ao* sí ocurre en algunos lugares de la franja costera de las provincias de Manabí (*Pasao*), Guayas (*Engabao*, *Balao*) y Santa Elena (*Travesao*), área de influencia de la cultura manteño-huancavilca. No podemos saber a ciencia cierta su origen lingüístico ni su significado, pero podemos señalar algunos elementos a fin de que el lector pueda formar su propio juicio. En primer lugar, no podemos descartar que el origen del sufijo sea

7 Nótese a propósito la estrecha semejanza con *Toal*, una de las antiguas parcialidades indígenas de Manabí. Es del todo probable que *Toal* se una forma apocopada de *Toalí*.

español, al menos por dos razones: por un lado, la pronunciación apocopada de la terminación /ado/ (> /ao/) estaba extendida ya para el siglo XVI en la zona andaluza, de donde provino un buen número de los marineros españoles que sirvieron en la Conquista. El topónimo *Travesao*, de claro origen hispano, podría interpretarse en el marco de esta hipótesis. En segundo lugar, la pronunciación andaluza apocopada podría estar detrás de la transfonetización de algunos de los topónimos nativos. Así lo sugiere González (2014: 65) a propósito de *Aranpajaos*, nombre del antiguo pueblo de *Pasao* en el norte de Manabí⁸. Si, por el contrario, aceptamos el origen nativo del sufijo y le otorgamos el valor de marca toponímica, también es posible hallar evidencia que apoye tal hipótesis en la medida que este sufijo aparece en topónimos del interior de la Costa, específicamente en Los Ríos (*Cuchipao*, orónimo; *Perinao*, hidrónimo)⁹.

En apoyo de esta segunda tesis llamamos la atención sobre la importancia del topónimo *Balao*, el mismo que se encuentra al norte, en la provincia de Esmeraldas, donde señala el asiento de un puerto que ha tomado su nombre; como también al sur de la provincia del Guayas, donde señala el nombre de un río y de la población que se asienta en sus orillas. Al tomar en cuenta ambos puntos geográficos, sugerimos en otro lugar la posibilidad de tomar ambas ocurrencias del topónimo *Balao* como los hitos que señalan los límites norte y sur del área correspondiente a los dialectos de una lengua de origen barbacoano asociada con grupos “colorados” (Gómez Rendón, 2015).

Sobre la distribución de la raíz *chon-* es preciso señalar que cuatro de los cinco topónimos que presenta Jijón y Caamaño como evidencia de su filiación a la cultura manteño-huancavilca aparecen en el área de influencia de la cultura Milagro-Quevedo, por lo que están asociados directamente con el etnónimo *chono*. En nuestra opinión, su aparición en dicha área confirma el origen antropónimo de la marca, lo que significa que la raíz sirvió para indicar algún tipo de pertenencia étnica. Así lo confirma además el hecho de que todas las voces que tienen dicha raíz no indican originalmente lugares geográficos sino poblaciones, tanto en Manabí (*Chone*, *Chondana*) como en Guayas (*Chonama*, *Chongón*, *Chonona*). Ciertamente, a esta lista se podría añadir algunas voces propiamente toponímicas, probablemente por extensión semántica: por ejemplo, *Chonchán*, río en el cantón de El Carmen, provincia de Manabí; *Chongonal*, topónimo en el cantón Samborondón, Guayas; *Chonillo*, topónimo en el cantón Quevedo, Los Ríos; y *Chongona*, topónimo en el cantón Pangua, Cotopaxi.

Hemos dejado para este punto la discusión del sufijo /re/ ~ /ri/. El origen etnolingüístico de esta marca toponímica es mucho menos claro que los anteriores. Las voces que se citan como evidencia son: “*Cachari*, caserío al sur de Caracol (Los Ríos); *Chucuyumuri*, monte al norte de Chanduy; *Dumari*, montes al oeste de Ayabamba; *Puchere*, parcialidad de indios que vivía en Baba; *Guare* (id)” (Jijón y Caamaño 1919: 64). Lo primero a observar es que, sin mayores explicaciones, el autor considera /re/ y /ri/ como equivalentes, es decir, variaciones del mismo sufijo. Una coteja con segmentos finales homófonos en áreas circunvecinas sugiere que no es así y que se tratarían de marcas con orígenes etnolingüísticos diferentes.

A propósito del sufijo /ri/, nótese en primer lugar que cuatro de los topónimos referidos corresponden al área de influencia de la cultura Milagro-Quevedo. El topónimo *Chucuyumuri* sí se encuentra en el área de influencia de la cultura manteño-huancavilca, pero lo excluimos del análisis porque se trata de una transfonetización del topónimo original *Chuculunduy*, según la información recogida por Álvarez (2001: 282). El topónimo original concuerda mejor con la toponimia huancavilca de la zona, donde aparece la final /uy/, curiosamente no identificada por Jijón y Caamaño. Esto nos deja con dos ocurrencias de la final /ri/ y dos de la final /re/. Las dos primeras se ubican en el extremo sur de la que sería el área de influencia del pueblo chono,

8 Una interpretación alternativa nos la ofrece Szászdi en su transcripción de la Relación Sámano-Xerez. Según este autor el topónimo debe tratarse como el resultado de dos voces fusionadas, Axan y Pasaos (Szászdi, 1981).

9 También podemos encontrar este sufijo en algunos apellidos de la Costa: por ejemplo, Majao, apellido en Manabí (Jijón y Caamaño, 1941, II: 410).

en el interior de la actual provincia de El Oro, por lo tanto, junto a la zona de influencia de la cultura prehispánica Cañari, cuya ocupación alcanzó el interior de dicha provincia. La final /ri/ es propia del país cañari, donde aparece, para empezar, en su etnónimo principal, como también en varios topónimos y antropónimos, de los cuales citamos algunos ejemplos: *Turi*, loma al sur de la ciudad de Cuenca; *Tullusiri*, sitio a orillas del río Jubones; *Guamri*, antigua parcialidad de Alausí; *Biudari*, lugar en la parroquia Santa Ana, cantón Cuenca; *Llangari*, sitio en la región del Cañar; *Chingari*, sitio en la provincia del Azuay; *Llauhari*, afluente del río Rircay, provincia del Azuay; *Nari*, parcialidad y laguna al noroeste de la villa de Sígsig; *Lalusari*, sitio en la parroquia de Cochapata en el cantón azuayo de Nabón.

A partir de esta evidencia, hay dos escenarios posibles que explican la presencia de este sufijo: 1) coexisten marcas toponímicas correspondientes a dos culturas diferentes (Milagro-Quevedo y Cañari) porque ambas estuvieron dentro de una zona de contacto; 2) coexisten marcas toponímicas correspondientes a dos culturas diferentes (Milagro-Quevedo y Cañari) porque pertenecen a dos épocas de ocupación distintas del mismo territorio. Si aceptamos el primer escenario, entonces es preciso delimitar con precisión el perímetro de dicha zona de contacto. Si aceptamos el segundo, no solo debemos delimitar el perímetro de la zona en que los estratos toponímicos se superponen, sino además determinar cuál estrato es el más antiguo.

Al contrario de /ri/, el sufijo /re/ ocurre con cierta frecuencia en el interior de la Costa, específicamente en las cuencas del Guayas y sus tributarios principales. Otros ejemplos a más de los citados por Jijón y Caamaño son: *Chingüere*, estero afluente del río Guayas; *Tiere*, riachuelo afluente del río Peripa, provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas; *Machare*, río en el cantón guayasense de Naranjal. Conforme avanzamos en dirección norte, específicamente hacia el extremo norte de la provincia de Manabí y el noroeste de Esmeraldas, hallamos un número comparativamente mayor de voces toponímicas con esta marca, por citar algunas, de norte a sur: *Jere*, río en el cantón San Lorenzo, Esmeraldas; *Yalare*, estero, población y formación montañosa en el cantón Eloy Alfaro, Esmeraldas; *Biguare*, *Patere*, *Tangaré*, esteros y recintos en el cantón Eloy Alfaro, Esmeraldas; *Pitangre*, estero en el cantón Río Verde, Esmeraldas; *Chemere*, *Quegüere*, *Chegüere*, esteros en el cantón Quinindé, Esmeraldas; *Chiquimbre*, sitio en el cantón Pedernales, Manabí.

Como se puede apreciar, la absoluta mayoría de voces se refiere a masas de agua pequeñas, es decir, riachuelos o esteros. Si consideramos la distribución de esta onomástica, veremos que coincide con dos áreas: 1) aquella de los históricos Niguas, cuya lengua, como demostramos en otro lugar perteneció a la familia barbacona (Gómez Rendón, 2015); y 2) el área de los Wasú que menciona la historia oral chachi. En las lenguas barbaconas meridionales que se hablan en la actualidad—el cha'palaa y el tsa'fiki—no existe un sufijo homófono que funcione como locativo o que tenga que ver con masas de agua, pues en ambas los morfemas que llevan este valor semántico son /pi/ y /bi/ (Ibíd.). Al analizar los datos que han llegado a nosotros de la lengua esmeraldeña gracias a las diligencias de Pallares y Wolf en la segunda mitad del siglo XIX, tampoco pudimos encontrar un sufijo que signifique 'masa de agua (corriente)'. No obstante, en esta lengua sí existe un sufijo *-re*, con dos funciones: primera, marcador del discurso equivalente al castellano 'pues'; segunda, partícula de prolativo que podría traducirse con nuestra preposición 'vía', que entra en la formación de locuciones adverbiales como '(por) vía fluvial', '(por) vía terrestre' o '(por) vía marina'.

Es posible, por lo tanto, que el origen del sufijo /re/ se halle más bien en la lengua de los antiguos esmeraldeños, en cuya área de influencia precisamente registramos la mayor frecuencia de voces, sobre todo hidrónimos, que llevan esta marca. Como en el caso anterior, si aceptamos provisionalmente esta hipótesis, queda por saber si la presencia de onomástica proveniente de dos formaciones socioculturales diferentes en el área de estudio responde a la coexistencia de dos sociedades en una zona de contacto o a dos estratos de ocupación diferentes. Recordemos a propósito que, de acuerdo con Wolf (1892: 52), el hecho de existir onomástica esmeraldeña en diferentes lugares de la Costa es evidencia de una antigua ocupación mucho más extensa de

aquella por la que se llegó a conocer a este pueblo. De esta idea se hace eco Jijón y Caamaño, quien sostiene, citando al geógrafo alemán, que “últimamente el uso de este idioma se restringe a la hoya media del Esmeraldas, pero el estudio de la nomenclatura geográfica demostró que antiguamente se hablaba hasta el Cabo Pasao y tal vez más al Sur” (Jijón y Caamaño, 1941, II: 419).

Con lo expuesto hasta aquí creemos haber demostrado la presencia de una lengua de la familia barbacoana desde el interior de la Costa hacia el litoral de Manabí, Santa Elena y Guayas. Para ello nos basamos en un nuevo análisis de la evidencia presentada por Jijón y Caamaño. No obstante, otras pesquisas onomásticas de carácter comparativo arrojan datos que confirman la penetración de una lengua “colorada” en el área de influencia de la cultura manteño-huancavilca. A continuación, presentamos y discutimos estos datos.

Nueva evidencia onomástica de la penetración “colorada” en el litoral centro-sur

En esta sección analizamos otras marcas toponímicas—estas sí demostradamente barbacoanas—presentes no solo en las tierras bajas del Pacífico, sino también en el Callejón Interandino. En su *Ensayo Provisional* (1919), Jijón y Caamaño identificó 28 marcas toponímicas, entre bases (raíces) y finales (sufijos), propias de la onomástica de Caranquis, Cayapas (Chachis) y Colorados (Tsáchilas). Asimismo, señaló ocho marcas toponímicas diferentes para los Panzaleos. Curiosamente, en el primer volumen del *Ecuador Interandino y Occidental*, resultado de sus nuevas exploraciones en la onomástica prehispánica, el autor reelabora la lista de marcas toponímicas para estos pueblos, citando ahora, para Caranquis, Cayapas y Colorados, nueve marcas toponímicas (una con cuatro variantes), y para Panzaleos, quince marcas (una con tres variantes).

Un buen número de marcas toponímicas identificadas originalmente en el *Estudio Provisional* han desaparecido de la lista: cuatro del Panzaleo *-zu*, *-lagua*, *-tagua* y *-oa*; y nueve del Caranqui-Cayapa-Colorado *-ara*, *-apan*, *-sa*, *-su*, *-oyal-aya*, *-mba*, *-la*, *tintal-* y *guaya-*. Al mismo tiempo, se registran nueve marcas nuevas, todas del Panzaleo: *-guazo*, *-quina*, *quina-*, *-luisa*, *-ig*, *-cho*, *-lli*, *-in*, *-cha* y *-ji*. Por último, tres marcas han pasado de la lista del Caranqui-Cayapa-Colorado a la lista del Panzaleo, si bien con una grafía diferente: *-gua*, *igua*, y *-oyal-aya*. Todo esto tuvo como consecuencia que, si bien la lista de marcas toponímicas del Caranqui-Cayapa-Colorado era originalmente la más larga (28 ítems), la lista correspondiente al Panzaleo pasó a ser ahora la más numerosa (15 ítems). Este detalle tiene su importancia para nuestro argumento y apunta a algo ya señalado por Pérez a propósito del análisis de Jijón y Caamaño: a saber, que este se esforzó por identificar una lengua propia de los que llamó Tacungas o Panzaleos, y lo hizo desconociendo el origen compartido que mantenían con los mismos Caranquis, Cayapas y Colorados.

De las marcas toponímicas del grupo lingüístico Caranqui-Cayapa-Colorado, aquellas que muestran la mayor distribución son los segmentos finales */pi/*, */ki/* y */çi/*. Los tres sufijos aparecen escritos de diferentes formas en las fuentes onomásticas. Dos de ellos tienen alomorfos en aparente distribución complementaria, como se muestra en el Cuadro 1 de la siguiente página.

Los sufijos */-pi/* y */-ki/* pueden tener dos tipos de ocurrencias. En este caso se aplica una regla fonológica según la cual cada sufijo se materializa en dos alomorfos según si está precedido de nasal o no. En el caso de estarlo, el fonema inicial conserva su posición articulatoria, pero se sonoriza, en virtud de lo cual */p/* se pronuncia como [b] y */k/* como [g].

En la Sierra, la distribución de estas marcas toponímicas, cuyo significado exploramos enseguida, es típica de la zona de influencia de la cultura caranqui (provincia de Imbabura y norte de Pichincha), aunque reaparece también en el área panzaleo (provincia de Cotopaxi). En la Costa, todas estas marcas proliferan en los territorios tradicionales de los actuales Chachis (Cayapas) y Tsáchilas (Colorados) en las provincias de Esmeraldas y Santo Domingo de los

CUADRO 1. MARCAS TOPONÍMICAS DE ORIGEN ETNOLINGÜÍSTICO BARBACOANO

Sufijo	/-pi/	Alomorfos	[-pi] → [-bi] N __#
Variantes	<pi>, <pe>, <bi> <bi>, <vi>, <ve>		[-pe] → [-be] N __#
Sufijo	/-ki/	Alomorfos	[-ki] → [-gi] N __#
Variantes	<qui>, <que>		[-ke] → [-ge] N __#
Sufijo	/-či/	Alomorfos	[-či]
Variantes	<chi>, <che>		[-če]

Tsáchilas, respectivamente. Sin embargo, fuera de estas zonas, las marcas no dejan de aparecer, si bien con menor frecuencia, sobre todo en el norte de Manabí, el noroccidente de Pichincha, el occidente de Cotopaxi, el occidente de la provincia de Bolívar, y, por supuesto, las provincias de Los Ríos y Guayas, lugares todos habitados en el pasado o en el presente por hablantes de lenguas—o dialectos de lenguas—barbacoanas (Gómez Rendón, 2015).

Exploramos la frecuencia de los sufijos /pi/, /ki/ y /či/ en el piedemonte de los Andes y las tierras bajas del Pacífico ecuatoriano a través del estudio toponímico de 40 cartas topográficas a escala 1:50.000. El área cubierta abarcó el occidente de Pichincha, el occidente de Cotopaxi, toda la provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas, el nororiente de Manabí, el norte de la provincia de Los Ríos y el extremo norte de las provincias de Guayas y Bolívar. La metodología seguida en dicha exploración, así como los resultados detallados para esta área y otras zonas de la Costa se expondrán en otro lugar (Gómez Rendón, en preparación). Por ahora presentamos una red de cuadrículas correspondientes a las cartas geográficas analizadas. Para la visualización de la frecuencia de las marcas toponímicas se ha adoptado una escala de grises. (Gráfico 1).

La primera observación a propósito de la red de cuadrículas (gráfico 1) es que la frecuencia de marcas toponímicas se concentra en las columnas tercera y cuarta, aquellas que corresponden a los contrafuertes y al piedemonte occidental de los Andes. Nótese la mayor frecuencia de topónimos de filiación barbacoana en San Miguel de los Bancos, Sigchos y, sobre todo, Angamarca. Sobre la presencia de grupos “colorados” en estas zonas hemos tratado en otro lugar (Gómez Rendón, 2015). La segunda observación es que encontramos una menor frecuencia de topónimos con los sufijos /pi/, /ki/ y /či/ conforme avanzamos de este a oeste. Ciertamente, la disminución en la frecuencia no es uniforme en toda el área. Sin embargo, se observa claramente que las cuadrículas con el mayor número de topónimos relevantes ocurren en la mitad occidental del área de estudio.

GRÁFICO 1. RED DE CARTAS TOPOGRÁFICAS 1:50.000 ANALIZADAS SEGÚN MARCAS TOPONÍMICAS

OESTE ← → ESTE			
C1	C2	C3	C4
SAN ROQUE DE ARENANGA	ROSA ZÁRATE (QUININDE)	LAS GOLONDRINAS	RÍO GUAYLLABAMBA
LA ESMERALDA	LA CONCORDIA	PEDRO VICENTE MALDONADO	SAN MIGUEL DE LOS BANCOS
BOCANA DEL BUA	MONTERREY	CRISTOBAL COLÓN	MINDO
SAN PEDRO DE SUMA	EL CARMEN	SANTO DOMINGO DE LOS COLORADOS	ALLURIQUIN
LA BRAMADORA	LUZ DE AMÉRICA	SAN VICENTE DE AQUEPO	MANUEL CORNEJO ASTORGA
EL PARAÍSO	PATRICIA PILAR	SANTA MARÍA DEL TOACHI	JATUN LOMA (SAN ROQUE)
LA RESERVA	LOS VERGELES	PUCAYACU	SIGCHOS
GUAYAS	VALENCIA	LA MANA	PILALÓ
VELASCO IBARRA (EL EMPALME)	QUEVEDO	EL CORAZÓN	ANGAMARCA
MOCACHE	QUINSALOMA	MORASPUNGO	SIMIATUG

Hay dos maneras de explicar la disminución de topónimos que llevan las marcas toponímicas referenciales a lo largo del eje este-oeste, así como la falta de uniformidad en la ocurrencia de estas: en primer lugar, la temprana castellanización de la Costa en general y de la franja litoral y su hinterland inmediato en particular, situación que tuvo como consecuencia la apropiación onomástica de buena parte de la geografía regional por parte de la población hispanohablante; en segundo lugar, los desiguales procesos de colonización del interior de la Costa, que tuvieron como eje principal la cuenca baja del Guayas, dejando algunas zonas todavía ocupadas por poblaciones indígenas hasta bien entrado el siglo XX, como lo constató Otto von Buchwald al señalar la presencia de “colorados” en las inmediaciones de la actual población de Quevedo a finales del siglo diecinueve:

“Actualmente se retiran los Colorados hacia el norte, quiero decir que desaparecen de la vecindad de Quevedo. En el año 1893 conocí a una anciana de este pueblo en la hacienda “La Palma”. Era la última sobreviviente de su tribu, cuyos trabajos de piedra para la pesca en los ríos todavía podían observarse. Dos leguas al norte de Babahoyo conocí a un anciano quien me contó que en su juventud los “colorados” con frecuencia visitaban a los indios de aquellos lugares. Era en la “legua” de Ojiva, donde hoy ya no existen indios. Sólo sus nombres se han conservado como Gualubí – Yatubí – Salampe, etc.” (von Buchwald 2007 [1917]: 68).

Si, como señala este autor, subsisten nombres “colorados” en el interior de la Costa, nos preguntamos si es posible encontrar rastros de la onomástica de grupos “colorados” de origen etnolingüístico barbacoano en la franja litoral centro-sur y su hinterland inmediato. Para responder a esta pregunta realizamos el levantamiento en campo de datos toponímicos, antroponímicos y fitonímicos en el Valle de Valdivia y lo complementamos con el estudio en archivo de la toponimia y la antroponimia de la zona contigua de Colonche. Presentamos a continuación los resultados de estas investigaciones.

Análisis de datos toponímicos

Los resultados del levantamiento en campo muestran que la gran mayoría de topónimos son voces castellanas. Aun así, existe un pequeño número de voces que pertenecen a un sustrato lingüístico prehispánico. La persistencia de estos topónimos revela la importancia que tuvieron en el pasado. Nuestro análisis consistió en averiguar cuáles de estos topónimos prehispánicos pueden considerarse de origen “colorado”. La siguiente es la lista de los topónimos prehispánicos identificados en el levantamiento (Cuadro 2). Junto a ellos aparece el tipo de accidente geográfico al que se refieren, su posible segmentación morfológica en base a raíces y sufijos, y las relaciones que tienen con otros topónimos, orónimos o hidrónimos de la Costa—y en algún caso también de la Sierra—en virtud de su estructura y posible filiación etnolingüística.

Toponimias valdivianas: Ayangué

En las comunidades de Sinchal, Barcelona y San Pedro, la voz Ayangué se refiere al lecho seco de un río y en tal medida se trata propiamente de un hidrónimo. Fuera de la zona, el nombre es bien conocido porque se refiere a una población cercana al valle de Valdivia, asentada en una saliente de tierra que forma una bahía semicerrada. Según la segmentación que proponemos, el topónimo estaría compuesto por la raíz [ayan] y el sufijo [ge]. Nótese que el sufijo ha sufrido una transformación fonética en virtud de la regla de sonorización trazada en el Cuadro 1. En este caso la nasal de la raíz /ayan/ produce la sonorización del sonido oclusivo velar sordo /k/ con que arranca la sílaba del sufijo, el cual, en virtud de dicho proceso, empieza ahora con un sonido oclusivo velar sonoro y se pronuncia [ge] en lugar de [ke]. Como demostramos enseguida, el origen etnolingüístico de ambos segmentos es claramente barbacoano.

CUADRO 2. TOPONIMIA DEL VALLE DE VALDIVIA

Topónimo (comuna)	Referente geográfico	Morfología		Topónimo asociado (zona)
		Raíz	Sufijo	
Ayangué (S, B, SP)	Zanja (lecho de un estero hoy seco)	[ayan-]	[-ngue]	<i>Ayampe</i> (población en Manabí) <i>Ayan</i> (antiguo anejo de la villa de Paute)
Colonche	Loma	[kolon-]	[-če]	<i>Colonche</i> (parroquia en Santa Elena) <i>Colonchillo</i> (antigua encomienda de Colonche) <i>Colope</i> (estero al oeste de Río Verde en Esmeraldas)
Curiche (LA)	Estero	[kuri-] ~ [kuri-]	[-če]	<i>Colonche</i> (cerros en Santa Elena) <i>Pechiche</i> (estero en Santa Elena) <i>Tache</i> (afluente derecho del río Balzar en Guayas)
Cadeate (LA)	Lugar	[kade-]	[-te]	<i>Cade</i> (hacienda el sur de Portoviejo) <i>Cadeal</i> (afluente del río Briseño en Manabí) <i>Cadeate</i> (población al sur de Manglaralto) <i>Siriate</i> (afluente del río Convento, Manabí) <i>Chamucate</i> (población de Manabí)
Sinchal (S)	Lugar	[sinč-]	[-al] (probable origen castellano)	<i>Sinchán</i> (elevación al oeste Alausí, Chimborazo) <i>Sinchay</i> (sitio en el Municipio de Girón, Azuay) <i>Sosal</i> (población en la provincia de Santa Elena) <i>Segal</i> (población en la provincia del Guayas) <i>Guasmal</i> (población en Santa Elena) <i>Jigual</i> (río en la provincia del Guayas)
Colay/Casay (LA)	Cerro		[-ay]	<i>Colay</i> (afluente del río Osogoché, Chimborazo) <i>Casacay</i> (afluente del río Jubones, en El Oro)

Abreviaturas: LA=Loma Alta; S=Sinchal; V=Valdivia; B=Barcelona; SP=San Pedro

En efecto, la raíz /ayan/ tienen un homófono en lengua tsa'fiki, donde significa 'madre'¹⁰. Se conserva además en el hidrónimo *Ayampe*, nombre de un río que desemboca en el mar precisamente en un sitio que ha tomado su nombre. Más interesante es el hecho de que el sufijo [ge], alófono de /-ki/ como queda dicho, sea parte de las marcas toponímicas propias de la cultura caranqui. Así lo sostuvo en su momento Jijón y Caamaño (1919, 1940) y lo confirma el estudio de toponimia histórica de Caillavet. A partir de los contextos en los que aparece dicha marca en el registro histórico, la autora sugiere el siguiente marco de interpretación, el cual, en nuestra opinión, es válido tanto para la Sierra como para la Costa:

10 La asignación semántica de "madre" a la raíz de los topónimos Ayangué o Ayampe bien podría estar asociada con el culto a la fertilidad simbolizado en las estatuillas de Valdivia y el hecho de que existían varios sitios sagrados de la cultura manteño-huancavilca en la costa ecuatoriana, Ayangué era uno de ellos. En cualquier caso, el estado de las investigaciones toponímicas al momento no permite ir más allá y corroborar esta hipótesis.

“La quebrada misma aparece expresada por otra terminación. Aclaremos primero que, también por causa de la particular topografía de la sierra ecuatoriana, este término “quebrada” se usa en la documentación con un sentido distinto al español, ya que viene a equivaler al río o arroyo encajonado en un barranco. (Como prueba de ello, la necesidad de especificar “quebrada seca” si no corre agua). Los sufijos correspondientes a la idea de “quebrada” serían *ví / bí* y también *que / qui* o *xe / xi* o *che / chi*, a veces combinados para dar *biche / pichi*. Por tratarse de una zona donde corre agua, podemos encontrar también la asociación con la palabra “valle”” (Caillavet, 2000: 108).

La coocurrencia de las voces *Ayangue* y *Ayampe* en la misma área confirma el origen etnolingüístico barbacono de las marcas toponímicas /ki/ y /pi/, hecho reconocido por Jijón y Caamaño ya en 1919, cuando afirmaba que “la identidad del área en que se encuentran los nombres terminados en *qui* y los en *pi* demuestra su origen en esta última lengua [la de los Colorados]” (Jijón y Caamaño, 1919: 355). Apoyándonos en la acertada explicación de Caillavet, es posible afirmar incluso que se trata de marcas toponímicas complementarias, indicando la una el lecho (seco) de un río, la otra la masa de agua corriente propiamente dicha. Así lo confirmaría su ocurrencia en la voz *Ayangue*, donde puede referirse bien al lecho de un río seco, o bien, por su magnitud, a la abertura, cual la de una “quebrada”, que forma la bahía del mismo nombre. Por el contrario, nuestra interpretación del sufijo /çi/ y su alomorfo /çi/, con sus variantes gráficas <xe> y <xi>, es otra y apunta a filiaciones etnolingüísticas que no necesariamente pueden ser barbaconas.

Toponimias valdivianas: Colonche

Colonche es otro topónimo de origen prehispánico en la zona de estudio. Puede tener cuatro referentes distintos: 1) una parcialidad prehispánica huancavilca (antropónimo); 2) los cerros de Colonche (orónimo); 3) el pueblo de Colonche (topónimo); y 4) el río Colonche (hidrónimo). A partir de la información etnohistórica y considerando las transformaciones en el uso que sufren las voces onomásticas a lo largo del tiempo, creemos que la voz fue originariamente un orónimo que se refería a los cerros de Colonche; al nacer en las vertientes de dichos cerros un buen número de corrientes de agua, es seguro que uno de los ríos tomó su nombre; asimismo, al asentarse una parcialidad indígena a orillas de dicho río, lo seguro es que esta y el lugar de su asiento tomaron su nombre. Creemos hallar confirmación de esta hipótesis en la entrada ‘Colonche’ del *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* (Alcedo, 1786):

“Pueblo pequeño de indios del partido y jurisdicción de Santa Elena en el Gobierno de Guayaquil y Reyno de Quito, situado en la orilla austral de un río de quien toma el nombre: está en 1 gr. 56 min. de lat. aust. El río referido nace en las montañas del partido y sale al mar del sur frente de la Isla de la Plata. Tiene el mismo nombre una Isleta pequeña de la mar del Sur, cerca de la Costa de la Provincia y Gobierno de Guayaquil” (Alcedo 1786, I: 618).

Con respecto al análisis morfológico de la palabra, la separamos en la raíz [kolon-] y el sufijo [-če], por lo que disentimos de la opinión de Jijón y Caamaño (cf. *infra*). La segmentación propuesta parte de la comparación con otros topónimos hallados en la Costa (véase el cuadro 2), los cuales nos permiten trazar además su filiación etnolingüística. A continuación, discutimos sobre la afinidad lingüística de la raíz [kolon-] y dejamos para más tarde el análisis del sufijo [-če].

En primer lugar, encontramos dos relaciones onomásticas asociadas con la voz *Colonche*. La primera de ellas es el antropónimo-topónimo *Colonchillo*, una antigua encomienda del partido de Colonche, según la descripción anónima de 1605. De este antropónimo—que en su momento sirvió además como topónimo—solo podemos decir que se trata de la misma voz *Colonche*,

a la cual se ha añadido el diminutivo castellano /-iʎo/. Por esta razón su presencia no otorga ningún peso a nuestro argumento y no diremos más sobre él. La segunda relación onomástica, al contrario, es mucho más significativa: según dicha relación, la raíz /kolon-/ tiene una forma homófona en tsa'fiki con el significado de 'canoa' o 'artesa'. De acuerdo con Aguavil, *Kolon Pilu*, lit. 'poza de canoa', era una de las antiguas localidades de los Tsáchila en las cercanías de Puerto Limón (Aguavil, 1998). Esta evidencia, aunque escasa, apunta a un origen etnolingüístico barbacoano y no, como creía Jijón y Caamaño, a uno mochica (Jijón y Caamaño, 1941: II-397)¹¹. En efecto, este autor sugiere que *Colonche* proviene de las voces mochicas, *kol* 'rojo' y *lut'i* 'camisa', que unidas significan precisamente "camisa roja", como aquella que vestía el cacique de Colonche a quien conoció Benzoni como un individuo "de textura robusta y muy sana, vestido con una túnica sin mangas y teñido de rojo" (Benzoni, [1572] 1857: 244, mi traducción). De hecho, bien leída, la cita del viajero italiano confirma más bien nuestra hipótesis, pues al ser miembro de un grupo "colorado", el cacique estaba precisamente "teñido de rojo", es decir, embadurnado con achiote, colorante vegetal usado en la pintura facial y corporal por los distintos grupos "colorados" (Gómez Rendón, 2015).

Toponimias valdivianas: Curiche

Esta sección está dedicada al sufijo /-či/ y su alomorfo /-če/, a propósito del hidrónimo *Curiche*, una de las voces prehispánicas de la onomástica del Valle de Valdivia¹². Lo encontramos ya en el orónimo-hidrónimo-antropónimo *Colonche* y en varios otros hidrónimos, topónimos y orónimos de la Costa, como se observa en la columna de relaciones onomásticas del Cuadro 2. La mayoría de las veces su identificación no ofrece dificultades gracias a una segmentación donde se puede separar las raíces a las que se aplica el mismo sufijo—por ejemplo, *Mompi-che* vs. *Moca-che*.

Aunque nos enfocamos en el sufijo /-če/, la raíz /kuri/ también revela información importante. Aunque por un momento creímos identificar en ella un origen kichwa, donde la misma forma significa 'oro', abandonamos esta explicación por no hallarla plausible. Al contrario, dimos con la misma forma /kuri/ en el tsa'fiki actual, donde se refiere a un camino que se desplaza "sobre la cuchilla", es decir, por la pendiente de una montaña escarpada (Moore, 1966: 172). No es difícil explicar este significado si lo aplicamos al lecho del río Curiche, que efectivamente desciende desde lo alto de los montes de Colonche.

En cuanto al sufijo /-če/, su origen estaba claro para Jijón y Caamaño desde su *Ensayo Provisional* (1919). Este autor lo agrupa en el conjunto de marcas toponímicas del complejo Cayapa-Colorado-Caranqui, cuya área de influencia estaba en los valles interandinos de la Sierra norte, en los contrafuertes andinos occidentales y en las tierras bajas de la cuenca del Esmeraldas y sus tributarios, incluyendo la zona de la actual provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas. Según Jijón y Caamaño, en tsa'fiki como en cha'palaa existe la misma forma /či/, sólo que

11 Si admitimos que la raíz [kolon-] proviene del tsa'fiki y su significado es 'canoa', nos vemos obligados a explicar la relevancia de este para la interpretación del topónimo. Al no disponer de todos los elementos de análisis necesarios, consideramos esta una empresa por demás arriesgada, como hemos advertido en otras ocasiones, por lo que, en este punto, solo a modo de hipótesis, aventuramos una posible explicación al margen. En primer lugar, si admitimos que la voz *Colonche* fue antes que nada un orónimo, debemos empezar por ensayar una interpretación basada en las características de la geografía. Una interpretación metafórica de la geografía podría ser aquella que asemeje el perfil de la cordillera de Colonche con (la base de) una canoa. La interpretación cobra fuerza si tomamos en cuenta la última parte de la descripción de *Colonche* en el diccionario de Alcedo, según la cual, un islote que hay frente a las costas de la provincia de Guayaquil lleva el mismo nombre. Aunque no sabemos de qué islote se trata—podría tratarse del islote Pelado a escasos kilómetros de Ayangue, en la misma zona de nuestro estudio—está claro que la figura de un islote oblongo guarda una estrecha semejanza con el perfil de una canoa. La insuficiencia de datos onomásticos y etnohistóricos que nos permitan comparaciones similares para otros topónimos de la Costa del Ecuador nos impide por el momento comprobar esta hipótesis.

12 Nótese que, según el análisis de Jijón y Caamaño, la forma /fi/ también sería alomorfo de /-či/ (Jijón y Caamaño, 1941, II: 150).

mientras en tsa'fiki funciona como un sufijo clasificador de cosas largas y cilíndricas—entrando por lo tanto en la formación de todo tipo de fitónimos asociados con especies vegetales, sobre todo árboles—en cha'pala ha perdido la función clasificadora para convertirse en “una radical independiente que entra en la formación de palabras compuestas que sirven de nombres a plantas o árboles” (Jijón y Caamaño, 1941, I: 150, 307). A partir de esta información, se podría pensar que el sufijo /-či/ en orónimos como Colonche o hidrónimos como Curiche hace referencia a la especie vegetal más común en un lugar, de la cual éste toma el nombre. En este caso, sin embargo, no sería posible explicar ninguna de las dos voces, pues sus raíces tienen dos referentes distintos.

Según lo dicho hasta aquí, tanto el análisis morfológico como la semántica del sufijo parecen no presentar ambigüedad. El análisis de Jijón y Caamaño, sin embargo, olvida dos cosas que podrían encaminar análisis alternativos. La primera es que el sufijo /či/ en tsa'fiki no sólo funciona como clasificador, sino también como morfema de los casos dativo, instrumental y locativo. De acuerdo con Dickinson (2002: 56), la glosa más precisa de /či/ como sufijo de caso locativo corresponde aproximadamente a “entrar al área general de una región acotada” (‘go into the general area of a bounded region’). Como es obvio, esta función de /či/ como marcador de una relación espacial está asociada directamente con la función que cumplen los topónimos, sobre todo aquellos que se refieren a áreas caracterizadas por algún rasgo geográfico, edáfico u otro que las delimita. Es interpretación precisa mas no excluye la primera, es decir, aquella que se refiere al clasificador /či/ para designar especies vegetales que al ser frecuentes o características de un lugar pueden llegar a darle su nombre.

La segunda cosa que Jijón y Caamaño pasa por alto, por el contrario, obliga a replantear todo el análisis toponímico, al menos para algunas zonas. Ocurre que existe una importante concentración de topónimos, principalmente hidrónimos¹³, que llevan el sufijo /či/ en el área de influencia de la lengua esmeraldeña, esto es, en el norte de Manabí, el suroeste de la provincia de Esmeraldas, la cuenca baja del río Esmeraldas, y, lo más notable, el interior de la costa central, zonas todas donde hubo presencia esmeraldeña a juzgar por el registro etnohistórico, pero también por algunas marcas toponímicas que estudiamos en otro lugar (Gómez Rendón, 2013: 41). En nuestra opinión, existen cuatro explicaciones posibles para esta distribución anómala de la marca /či/, algunas de las cuales podrían resultar complementarias.

La primera explicación es de naturaleza lingüística. Según esta, el sufijo [če] tal como aparece en la hidronimia del área de influencia esmeraldeña no es en realidad un alomorfo del morfema colorado /či/, sino que pertenece a la lengua esmeraldeña. De ser este el caso, debemos demostrar la existencia de dicho morfema en la lengua de los antiguos esmeraldeños. Un estudio del corpus Pallares-Wolf nos permite identificar la existencia del morfema /fe/, con sus alomorfos [če] y [či]. Sin embargo, su significado aproximado es “movimiento”, aun cuando, utilizado como auxiliar verbal, también indica un tipo de transitividad. Ambos significados están asociados directamente con dos de las funciones que cumple el sufijo /či/ en tsa'fiki, la de locativo (adlativo) y la de dativo. ¿Es posible que el esmeraldeño haya tomado como préstamo de una lengua barbacona este sufijo y lo haya incorporado a su gramática?

En otro lugar demostramos que la composición etnolingüística del corpus Pallares-Wolf, única evidencia lingüística disponible para el estudio de la lengua esmeraldeña, era multilingüe, lo que significa que a nivel del léxico existe más del 20% de palabras que no son propias de la lengua, sino que fueron prestadas de lenguas barbaconas vecinas. En un escenario de contacto interétnico intenso como el que se desarrolló en Esmeraldas durante los siglos XVI y XVII (Ibíd.: 155) es lógico pensar en una posible incorporación de préstamos gramaticales como este

13 Véase, por ejemplo: *Bunche* (río al suroeste de Esmeraldas); *Chiche* (afluente del río Jubones); *Cuche* (afluente del Esmeraldas); *Mache* (afluente del río Cojimíes); *Mompiche* (afluente del Tiaone); *Taseche* (afluente izquierdo del Atacames); *Tavuche* (afluente izquierdo del Esmeraldas); *Viche* (afluente del Esmeraldas); *Rambuche* (afluente del río Jama); *Caláche* (afluente del río Jama); *Palalache* (afluente del río Jama); *Apechinche* (antigua parcialidad de Jipijapa); *Pachinche* (cerros al oeste de Santa Ana en Manabí); *Pacoche* (caserío al sur de Manta en Manabí).

en la lengua esmeraldeña. Esta hipótesis podría hallar cierto asidero en los datos si tomamos en cuenta que existen hidrónimos como *Ta-se-che* y *Ta-vu-che* en los que coexisten el prefijo clasificador de longitud /ta/ aplicable a masas de agua corriente y el sufijo [çe] que, en este caso, indica ‘movimiento’.

La segunda explicación requiere evidencia no sólo de la lingüística, sino también de la etnohistoria y la arqueológica. En este caso, los hablantes de la lengua esmeraldeña (no clasificada) y los hablantes de una lengua “colorada” (barbacoa) convivieron en la misma área durante un período de tiempo a determinar. Alternativamente, la ocupación por parte de cada grupo no fue simultánea sino sucesiva, en cuyo caso tendríamos dos estratos toponímicos diferentes. Aunque no podemos excluir la existencia de un territorio multiétnico en el área de influencia de la zona esmeraldeña que explique por qué coexisten marcas toponímicas esmeraldeñas con marcas toponímicas barbacoanas¹⁴, consideramos mucho más probable el segundo escenario.

Toponimias valdivianas: Cadeate

Pese a que su origen es fitonímico, incluimos aquí la discusión del topónimo *Cadeate*. Sobre la contribución de los nombres de especies vegetales a la toponimia local diremos más en la sección correspondiente a la fitonimia. Es posible separar la raíz [kade] a partir de su comparación con las voces *Cade* (topónimo) y *Cadeal* (hidrónimo), ambas en la provincia de Manabí. La existencia del segmento final [te], por su parte, está corroborada, entre otras, por comparación con las voces *Siriате* (hidrónimo) y *Chamucate* (topónimo), ambas igualmente en Manabí. Sabemos que *cade* es otro nombre de la tagua o marfil vegetal, una semilla de varias especies del género *Phytelphas* que se utilizan “en la región montañosa de Santo Domingo de los Colorados, Quinindé y en las faldas de la cordillera occidental hacia Esmeraldas, Manabí, Los Ríos y Guayas” (Acosta-Solís, 1948: 47, mi traducción).

Según la información levantada en campo, el topónimo *Cadeate* está asociado con una zona donde esta especie vegetal es endémica. El árbol de tagua crece sobre todo en zonas montañosas húmedas de la Costa y la Amazonía, pero también en el piedemonte andino occidental y oriental, desde el nivel del mar hasta los 1.800 metros de altura, aunque es más frecuente entre los 400 y 600 metros. Por esta distribución no debe sorprendernos la existencia del topónimo *Cadellán*, de igual raíz, en las cercanías de Sucal, en el piedemonte andino occidental de Cañar, zona donde crecen árboles de tagua. Otro nombre de la tagua es *mococho* o *mocoche*, fitónimo que se encuentra sobre todo en la región de Bucay, Balao, Jesús María y otras partes de la provincia del Guayas (Acosta-Solís, 1948: 47).

En el Valle de Valdivia encontramos tanto *Cadeate* como *Mococho* en calidad de topónimos y fitónimos. Ambos fueron registrados en la comuna de Loma Alta, área montañosa húmeda dentro de la Cordillera Chongón-Colonche. Aunque es probable que su origen sea quichua (Torres Fernández de Córdova, 2002, II: 369), los datos muestran que *mococho* y su variante *mocoche* se encuentran sobre todo en las zonas de Manabí, Los Ríos y Guayas donde prolifera la tagua. Así lo corroboran tres hechos: el primero es que la voz pertenece al castellano regional (costeño)¹⁵; el segundo es que no se encuentra en el kichwa serrano; y el tercero es que en kichwa amazónico el nombre de la tagua es otro muy distinto, *yarina*. En cuanto al origen etnolingüístico de *cade*, aparece más claro a la luz del análisis lingüístico. En primer lugar, vale señalar que actualmente el nombre de la tagua en tsa’fiki es *timbuka*. En esta palabra se puede identificar el

14 Gracias a la tradición oral chachi y tsáchila sabemos que la Costa norte del Ecuador fue antes y después de la Conquista un espacio de luchas interétnicas intensas. La tradición oral de los actuales Tsáchila habla de la guerra con los llamados Dobes (Ventura i Oller, 2012: 78, 164), un grupo esmeraldeño que vivía al occidente de su territorio. Por su parte, la tradición oral de los Chachis relata sobre una guerra intestina que estos mantuvieron hace siglos con los llamados indios bravos en las cuencas de los ríos Cayapas y Santiago (Barret, 1909, I: 32).

15 En efecto, el último diccionario de Americanismos preparado por las reales academias de la lengua española y publicado en 2010 registra la voz *mococho* para referirse a tagua como un ecuatorianismo.

sufijo clasificador /ka/ que se utiliza para referirse a cualquier “pepa” de árbol. Es posible que el origen de este sufijo sea la raíz /ka/, con el mismo significado. A ella pudo haberse añadido el sufijo clasificador /de/, que sirve para indicar dos tipos de objetos: 1) aquellos que tienen forma alargada; y 2) aquellos que por su aspecto o constitución se parecen a un palo o tronco. Ambas características concuerdan con el color y la consistencia de la semilla de tagua.

A esta evidencia del origen barbacono de la raíz /kade/ se suma aquella que tiene que ver con el sufijo /te/. Líneas atrás citamos dos voces que llevan este sufijo, a saber, el hidrónimo *Siriate* y el topónimo *Chamucate*, ambos en la provincia de Manabí. La lista podría alargarse hasta superar la veintena. Su distribución incluye, a más de Santa Elena y Manabí, las provincias de Esmeraldas (por ejemplo, *Tabante*, topónimo e hidrónimo), Santo Domingo de los Tsáchilas (*Pambute*, hidrónimo), Los Ríos (*Canahuate*, topónimo), Guayas (*Churute*, topónimo, hidrónimo, orónimo), Cotopaxi en su extremo occidental (*Tilinte*, hidrónimo) y Pichincha en su sección noroccidental (*Mulaute*, hidrónimo). Por lo tanto, lo más probable es que el sufijo /te/ esté asociado con el sufijo homófono en tsa’fiki, lengua en la cual marca una posición estacionaria no específica (Mix, 1991: 4). En este caso, los topónimos que lo llevan indicarían una posición con referencia a una característica geográfica o natural del paisaje. Según esta interpretación, la glosa aproximada de *Cadeate* sería “lugar donde abunda la pepa de tagua (*cade*)”. Es más difícil explicar el uso de este sufijo en el caso de los hidrónimos, pues al tratarse de un locativo que indica posición y no dirección o movimiento, no concuerda con la semántica propia de una corriente de agua. Podemos conjeturar, no obstante, que voces como *Pambute*, *Tilinte* o *Mulaute*, que hoy en día son hidrónimos, fueron topónimos en su origen. La asociación ulterior de los lugares con los ríos que llevan su nombre pudo haber sido un proceso metonímico basado en el uso dado tanto a los recursos del lugar como a la vía fluvial inmediata.

Lo interesante es que el sufijo /te/ al parecer cumple la misma función que marca el sufijo /al/ en castellano¹⁶. Este se encuentra en numerosas voces toponímicas de la Costa y no debe confundirse con otras ocurrencias de /al/ que se localizan en la Sierra centro-sur (cf. *infra*). Para el caso que nos ocupa es interesante que exista una dupla de voces equivalentes, *Cadeate* y *Cadeal*, que pese a ser en la actualidad, la primera un topónimo, la segunda un hidrónimo, tienen la misma etimología y semántica, esto es, “lugar donde abunda la pepa de tagua (*cade*)”.

Toponimias valdivianas: *Sinchal*, *Casay*, *Colay*

Agrupamos estos tres topónimos debido a su posible origen etnolingüístico, que, como veremos, remite a una teoría de Jijón y Caamaño que es preciso poner nuevamente en evaluación. *Sinchal* es el nombre de una de las comunas que se encuentran en la cuenca del río Valdivia en la provincia de Santa Elena. Aunque su perfil fonético puede sugerir un origen castellano¹⁷, es muy probable que se trate de un topónimo prehispánico. En efecto, en un antiguo expediente sobre el litigio de tierras mantenido por los indígenas de Colonche contra los de Chanduy entre 1792 y 1813 registramos el “cavo Sincha”, al parecer con referencia a una saliente de tierra en el mar. Sobre la forma del topónimo caben algunas observaciones.

Asumiendo la conservación intacta de la sustancia fónica original, se pueden identificar dos segmentos, la raíz /sinč/ y el sufijo /al/. Respecto de este último, es posible que se trate del mismo sufijo de origen castellano que indica el lugar donde abunda algún elemento del paisaje. No

16 Según la Real Academia de la Lengua, se trata de un sufijo que puede indicar dos cosas: 1) una relación o pertenencia; y 2) el lugar donde abunda el primitivo, es decir, aquello a lo que se refiere la raíz no derivada. Así, por ejemplo, *guayabal*, se glosa como “lugar donde abunda la guayaba”.

17 *Cincha*, [sinča] como se pronuncia en castellano no-peninsular, se refiere a “una faja de cáñamo, lana, cerda, cuero o esparto, con que se asegura la silla o albarda sobre la cabalgadura, ciñéndola ya por detrás de los codillos o ya por debajo de la barriga y apretándola con una o más hebillas” (RAE, 2020). No tenemos noticia histórica de que en *Sinchal* se hayan fabricado estas fajas, no sólo por la ausencia de la materia prima, sino también por la inexistencia de ganado caballar hasta entrado el siglo XX.

obstante, es preciso notar que, según Jijón y Caamaño, el sufijo /al/ estaría asociado también con /ad/ y en tal medida se podría adscribirlo a la zona puruhá-cañari (Jijón y Caamaño, 1940: I-522). A propósito de la raíz, señalamos su similitud fonética con dos voces que se encuentran fuera de la Costa centro-sur: la una es *Sinchay* (sitio en el municipio de Girón, Azuay); la otra, *Sinchán* (elevación al noroeste de Alausí, Chimborazo).

La similitud formal de Sinchal con ambos vocablos se basa no sólo en la coincidencia perfecta del segmento [sinč-], sino también en la conservación del acento agudo de la palabra. Si asumimos que el topónimo actual sufrió algún tipo de cambio fonético, no es difícil encontrar una semejanza más cercana con otros topónimos. En efecto, la secuencia vocal-semiconsonante /-ay/ (*Sinchay*) o la secuencia vocal-consonante /-an/ (*Sinchan*) pueden transformarse fácilmente en la secuencia /al/ (*Sinchal*). Si este es el caso, ambos segmentos del topónimo mostrarían una estrecha relación con la onomástica de la Sierra centro-sur.

Hay más coincidencias con voces toponímicas y antroponímicas de la Sierra centro-sur. Ejemplo de ello son *Colay* y *Casay*, dos nombres de un cerro en las cercanías de Loma Alta. Para el primero de los orónimos encontramos el homófono *Colay* (afluente del río Osogoche, Chimborazo). La forma más cercana al segundo la encontramos en la voz *Casacay* (afluente del río Jubones, El Oro). En ambos casos está clara la presencia del sufijo /ay/, identificado por Jijón y Caamaño (1919: 379) como propio del área puruhá-cañari. Este aparece junto con dos marcas toponímicas que aparecen en algunas zonas de la Costa. La primera es el sufijo /cay/, como en *Casa-cay* y *Llama-cay*, ambos hidrónimos de la sección oriental de la provincia de Los Ríos que colinda precisamente con Azuay (área cañari); pero también en *Jo-cay*, antiguo nombre de la ciudad de Manta en la provincia de Manabí. La segunda marca es el sufijo /án/, que aparece en zonas dispersas de la Costa, incluyendo aquellas cercanas al área puruhá de las provincias de Chimborazo y Bolívar (*Juján*, extremo oriental de la provincia del Guayas), Manabí (*Calán*, topónimo; *Paján*, orónimo) y, por supuesto, en Santa Elena, donde encontramos el sitio de *Zumulsán*, que aparece en el Libro de Inscripción del sitio de Sacachún para el año 1764.

Es demasiado pronto para evaluar a partir de esta evidencia la supuesta afinidad planteada por Jijón y Caamaño (1941, II: 395s) entre las lenguas de los grupos precolombinos puruhá, cañari, manteño y huancavilca. Según este autor, a quien sigue Paz y Miño (1961: 17), habría existido no solo una “lengua de los llanos” común para toda la Costa del actual Ecuador—de la cual las lenguas de manteños, huancavilcas y punáes eran dialectos—sino que esta lengua habría tenido además una estrecha afinidad con el mochica, del cual eran dialectos a su vez el puruhá y el cañari. Por ahora, se precisan más estudios onomásticos, etnohistóricos y arqueológicos que nos permitan hacer afirmaciones con un mínimo de certeza. La evidencia presentada hasta aquí avala cierto nivel de uniformidad lingüística para la Costa, sin que ello excluya la presencia de otras lenguas. Dicha uniformidad tendría que ver con la presencia de dialectos de una lengua barbacona emparentada con el tsa’fiki y el cha’palaa. A continuación, evaluamos la evidencia antroponímica y fitonímica recogida en campo y archivo en las zonas del valle de Valdivia y Colonche.

Análisis de los datos antroponímicos¹⁸

Los resultados del levantamiento antroponímico revelan la existencia de una estrecha red de relaciones de parentesco al interior de las comunidades del valle de Valdivia, como también entre estas y otras comunidades de la Península de Santa Elena. Como lo ha demostrado Álvarez, estas relaciones han perdurado varios siglos y constituyen la base de la identidad étnica que reclama el pueblo huancavilca (Álvarez, 2001). Aunque el levantamiento arrojó un total de 69 apellidos,

18 Por motivos de espacio no incluimos en esta sección un estudio pormenorizado del etnónimo “huancavilca”. Aunque a todas luces la palabra tiene origen quichua, no se ha logrado determinar con precisión su significado. De hecho, se ha debatido mucho no sólo sobre el origen del término y su semántica, sino también sobre su grafía correcta, en todos los casos sin atender a criterios lingüísticos claros. Dicho esto, reservamos la discusión de este etnónimo para una nueva ocasión en la que podamos tratarlo con toda la atención que merece.

sólo una parte de ellos (13) pueden ser adscritos a patronímicos de origen prehispánico¹⁹. De estos últimos algunos son más frecuentes en unas comunidades que en otras, si bien todos aparecen en una misma comunidad al menos una vez.

La gran mayoría de estos apellidos son propios de la zona y se los encuentra en las actas bautismales de los años 1789-1802 que fueron consultadas en la parroquia de Colonche, población heredera del pueblo de indios que agrupó desde inicios del siglo diecisiete a todas las parcialidades indígenas contenidas en su partido. Los siguientes son los patronímicos identificados de posible origen prehispánico. Junto al patronímico aparecen las comunidades donde son más frecuentes, así como información sobre si ocurren también en la onomástica histórica.

Cuadro 3. Antroponimia de origen prehispánico en las comunas del valle de Valdivia

Apellido (origen prehispánico)	Comunidades (+ frecuentes)	Onomástica histórica (Actas bautismales – 1789-1802)
Cacao	Loma Alta, Sinchal	Actas bautismales Colonche
Caiche	Loma Alta, Sinchal	Actas bautismales Colonche
Catuto	Loma Alta, Barcelona	Actas bautismales Colonche
Choes	San Pedro, Sinchal	---
Guale	Loma Alta,	Actas bautismales Colonche
Lindao	Valdivia, Barcelona	Actas bautismales Colonche
Pilay	Valdivia, San Pedro	Actas bautismales Colonche
Pincay	San Pedro, Valdivia	---
Malabe	Valdivia, San Pedro	Actas bautismales Colonche
Quirumbay	Loma Alta, Sinchal, Barcelona	Actas bautismales Colonche
Tomalá	Loma Alta, Sinchal, Barcelona	Actas bautismales Colonche
Yagual	Loma Alta, Valdivia	Actas bautismales Colonche
Yambay	Valdivia, Loma Alta	---

19 El resto de los apellidos registrados en las comunidades son de origen español. Con excepción de Borbor o De la A, cuya presencia no está documentada para otras zonas, los apellidos son comunes en todo el país. Es posible asociar algunos de los apellidos españoles con aquellos de los primeros colonos y encomenderos de la provincia de Guayaquil (véase a propósito la *Relación de Indios Tributarios de Guayaquil*, 1577). Otros apellidos provienen del sur del país, incluyendo la provincia de Loja, según sabemos por las historias de vida de algunos comuneros (Ramírez, 2010).

De acuerdo con nuestros cálculos, uno de cada tres comuneros comparte uno o más de estos apellidos. Esto indica no sólo lo estrecho de las relaciones de parentesco al interior de las comunas; también sugiere que estas relaciones se han tejido a lo largo de varias generaciones. De hecho, con excepción de Choes, Yambay y Pincay, todos los demás apellidos se encuentran en las actas bautismales de Colonche. Nótese que Choes es identificado por Jijón y Caamaño como un patronímico prehispánico de origen manabita, junto con Cheves, con el que comparte la misma terminación (/es/) (Jijón y Caamaño, 1941, II). Según el mismo autor, el patronímico Yambay se encuentra en la localidad serrana de Guano, lo que daría pie a su asociación con patronímicos de la zona puruhá. A diferencia de Pilay y Quirumbay, los apellidos Pincay y Yambay no aparecen en las actas bautismales de Colonche. Sin embargo, todos muestran la final /ay/, de la que tratamos en el apartado anterior.

El apellido Tomalá, uno de los más frecuentes en las comunas altas del valle, se encuentra en las actas bautismales de Colonche y en el padrón de comuneros del pueblo de Chanduy (Santa Elena)²⁰. Históricamente, el apellido pertenecía a una familia de caciques y autoridades indígenas de Colonche (AHG, EP/J 6032 [1806]). Sabemos, por ejemplo, que hacia 1812 Mariano Tomalá era regidor del cabildo de Colonche y que Teresa Tomalá era la cacica principal. El apellido está directamente relacionado con el histórico cacique de la Puná, Tumbalá²¹, bautizado Francisco, que murió a manos de los españoles. La amplia distribución de este apellido confirma la existencia de una red cacical en las provincias de Guayas y Santa Elena. Al mismo tiempo, es indicio de movimientos demográficos intrarregionales a través de alianzas matrimoniales. Algo similar puede decirse del apellido Caiche. Gracias a Espinoza Soriano (1988: 120) sabemos que fue el nombre de una dinastía de caciques de la cuenca del Daule que mantuvieron su dominio en el área de influencia del pueblo Chono—de demostrada ascendencia etnolingüística barbacona—hasta inicios del siglo XVIII. Cosa distinta ocurre con el apellido Catuto, frecuente en la comunidad de Loma Alta. Ya que es común en la provincia de Esmeraldas, donde lo llevan familias de ascendencia afroecuatorialiana, podríamos asumir que su origen se debe a migraciones recientes en la zona de estudio. Sin embargo, el libro de bautizos de Colonche registra ya a finales del siglo dieciocho la presencia de al menos tres zambos dentro de su jurisdicción que llevan dicho apellido, lo que demostraría una temprana mezcla entre indígenas y afrodescendientes (zambaje) en la Península de Santa Elena.

Los patronímicos prehispánicos se formaban a partir del nombre de los caciques o del nombre de las parcialidades. Este es el caso del apellido *Cacao*, muy común en las comunas de la zona alta del valle, donde existen estrechas relaciones de parentesco con el pueblo de Colonche. El apellido se origina en el nombre de la parcialidad de indios que, según la anónima *Descripción* de 1605, vivían en los términos de la villa de Guayaquil. Igual cosa sucede con el apellido Yagual, originario de un “pueblo de Guancavelicos” del mismo nombre, según la *Relación de Indios Tributarios de Guayaquil* de 1577.

El análisis lingüístico de la antroponimia recogida en campo y archivo nos permite identificar dos marcas onomásticas que aparecen en topónimos cuyo origen etnolingüístico barbacono ha quedado demostrado en secciones anteriores: los sufijos /ao/ y /çe/. El primero de los sufijos lo lleva el apellido Lindao, registrado en las comunas de Valdivia y Barcelona. A él pueden sumarse al menos otros dos apellidos que se encuentran en las actas bautismales de Colonche para el período señalado, *Lao* y *Laojilamba*, este último al parecer una forma compuesta. El segundo sufijo aparece solamente en Caiche, el apellido de la referida dinastía de caciques del Daule. En

20 Pese a que, según Álvarez (2001: 415), debido a la exogamia por comunas, “mientras que apellidos como Villón, Quimí, Pizarro, Lindao o Quinde, solo pueden adscribirse al territorio de Chanduy; los de Yagual, Tigreiro, Tomalá o Panchana, son de la Punta”. Como se aprecia en el Cuadro 3, también Lindao y Yagual aparecen en las actas bautismales de Colonche.

21 Ya sea en la forma aparentemente originaria Tumbalá o en su forma fonetizada Tomalá, se nota la presencia del segmento final /lá/. Este aparece en dos topónimos registrados en sendos expedientes que se conservan en el Archivo Histórico del Guayas, a saber: *Angomala* (AHG, EP/J 6032 [1763]) y *Gualgala* (AHG, EP/J 6032 [1808]).

varios apellidos encontramos también la terminación /ay/, cuya posible filiación puruhá-cañari queda aún por resolver. Evidencia adicional de esta filiación podría hallarse en dos apellidos que aparecen en un expediente que reposa en el Archivo Histórico del Guayas a propósito de “La protectoría de los indios de Chanduy pidiendo amparo de las tierras de Gualgala y Collao en el pueblo de Colonche” (1808). Se trata de los apellidos Chaimalán y Chamaydán, probablemente uno solo con grafías diferentes por un error en la transcripción del escribano. En ambos casos se observa el sufijo /an/, que se cuenta entre las finales identificadas para la toponimia de la zona puruhá (Jijón y Caamaño, 1919: 379).

Análisis de los datos fitonímicos²²

La cuenca del río Valdivia se extiende de noreste a suroeste sobre un área aproximada de 135 km². La altitud disminuye desde la cabecera del río en los altos de la Cordillera Chongón-Colonche (830 m.s.n.m.) hasta su desembocadura en el mar. A cada altitud corresponde un bioclima específico (tropical muy seco, seco subtropical, subdesértico-tropical) y un tipo de vegetación particular (bosque de neblina, bosque deciduo de tierras bajas, bosque estacional sempervverde, bosque semideciduo). En términos generales, la vegetación es más variada y abundante en las zonas altas de la cordillera, especialmente dentro del perímetro del bosque protector de Loma Alta. Por esta razón, el registro fitonímico se realizó solamente en esta última comunidad a través de consultas a pobladores locales y la lectura de descripciones botánicas del bosque protector. Los datos recogidos en campo se cotejaron y enriquecieron con la información contenida en el *Inventario de la Flora y Fauna de Valdivia y Áreas Adyacentes* (Horna, 1980).

Aunque un buen número de especies vegetales de la cuenca del río Valdivia son endémicas, los datos fitonímicos muestran un mínimo porcentaje de nombres de posible origen prehispánico, lo que concuerda con la temprana castellanización del área, como quedó claro en secciones anteriores. El total de fitónimos de origen no-hispano y, por lo tanto, prehispánico, llega a siete (Cuadro 4), incluidos los dos ya mencionados a propósito de la toponimia local (*cade*, *mococha*). A continuación, tratamos cada uno de los cinco fitónimos restantes.

El primer fitónimo que trataremos es *jeli/gelí* (sp. *Conocarpus erectus*). Como señalamos para el caso de *cade* y *mococha*, un fitónimo puede ser el origen de un topónimo. Tal parece ser el caso de *jelí*. A pocos kilómetros de Santa Rosa, en la provincia de El Oro, se halla Puerto Jelí, antiguo atracadero donde arribaban las embarcaciones que hacían la ruta hacia Guayaquil. Jelí es también el nombre de una playa ubicada al noroeste de Puerto Pizarro, en la región peruana de Tumbes, cerca de la frontera con Ecuador. De acuerdo con Cornejo, el *jelí* es una especie de mangle que puede crecer “preferentemente en suelos más consolidados o en la parte posterior transicional hasta ecosistemas de tierra firme a lo largo o cerca de los cauces de agua y en playas arenosas [...] habita en las zonas de vida de matorral espinoso, bosque muy seco, bosque seco, bosque húmedo y bosque muy húmedo tropical” (Cornejo, 2014: 23). Esta distribución concuerda de manera precisa con los ecosistemas donde se encuentra el arbusto, tanto en Santa Elena como en las provincias de Guayas y El Oro.

En cuanto a su forma, la palabra guarda cierto parecido con otros topónimos de la zona por la terminación /li/, que caracterizamos como un sufijo clasificador de plantas arbustivas y ramificaciones en general, de origen barbacoano: *Jambelí* (canal al este de la isla Puná, archipiélago fluvial-marítimo en aguas del Golfo de Guayaquil, pueblo en la isla Tembleque), *Huilí* (sitio a orillas del Daule), *Guayamelí* (antigua hacienda al norte del pueblo de

22 La importancia de la fitonimia para el estudio de las lenguas prehispánicas radica en que los fitónimos a menudo están en el origen de numerosos topónimos, ofreciendo evidencia adicional para el cotejo onomástico. Asimismo, los fitónimos son los más transparentes al análisis semántico porque describen sus referentes, lo cual permite una mayor claridad a la hora de identificar raíces y finales y asignarles posibles significados.

CUADRO 4. FITÓNIMOS VALDIVIANOS DE PROBABLE ORIGEN PREHISPÁNICO

FITÓNIMO	NOMBRE CIENTÍFICO	DISTRIBUCIÓN	RELACIONES ONOMÁSTICAS
Geli/Jelí	<i>Conocarpus erectus</i>	Ecuador, Perú (costa norte)	<ul style="list-style-type: none"> • Puerto Jelí (parroquia Santa Rosa, El Oro) • Playa Jelí (oeste de Puerto Pizarro, Tumbes, Perú)
Jibo	<i>Philocereus tweedyanus</i>	Sudamérica	<ul style="list-style-type: none"> • Ninguna encontrada
Sapán	<i>Trema micrantha</i>	Sudamérica; México	<ul style="list-style-type: none"> • Riachuelo afluente del río Paján • Sitio en la Provincia de los Ríos
Cascol	<i>Libidibia corymbosa</i>	Ecuador	<ul style="list-style-type: none"> • Parroquia rural del cantón Paján de la Provincia de Manabí; • Nobol (cabecera cantonal del cantón del mismo nombre en Guayas) • Nascol (árbol maderable citado en la <i>Descripción de la ciudad de Guayaquil</i> de 1605)
Casamey	<i>Clidemia hirta</i>	América	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Casa-cay</i>: afluente izquierdo del río Jubones; • <i>Muey</i>: caserío al OSO de la villa de Santa Elena (Paz y Miño 1961)
Cade	<i>Phytelephas aequatorialis</i>	Sudamérica	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Cade</i> (hacienda el sur de Portoviejo) • <i>Cadeal</i> (afluente del río Briseño en Manabí) • <i>Cadellán</i> (sitio de Sucal, en el Cañar) • <i>Cadeate</i> (población al sur de Manglaralto)
Mococho/ Mocoche	<i>Phytelephas aequatorialis</i>	Ecuador	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Mococho</i> (sitio al sur de Calceta en Manabí); • <i>Mocache</i> (pueblo en el río Vinces en Los Ríos) • <i>Mococho</i> (cerro en Santa Elena)

Samborondón), Manipilí (antigua hacienda al oeste del pueblo de Los Colorados), Mocolí (antigua hacienda a orillas del río Babahoyo)²³. Según esta distribución, el sufijo se encuentra en topónimos desde el occidente de la provincia de El Oro, pasando por la isla Puná y la cuenca del Guayas, hasta la Península de Santa Elena y, tierra adentro, en la cuenca del Babahoyo, provincia de Los Ríos. Como señalamos en su momento, este territorio corresponde con la zona de influencia del reino chono (cultura Milagro-Quevedo).

Para el fitónimo *jibo*—especie de la familia de las cactáceas—no fue posible encontrar correspondencias onomásticas de ningún tipo, pese a que es una de las dos cactáceas de mayor distribución en el litoral seco de la Costa centro-sur del Ecuador. De acuerdo con Loaiza y

23 De hecho, el fitónimo *guachapelí*, mencionado como uno de los árboles maderables de la provincia de Guayaquil en la anónima *Relación de la ciudad de Guayaquil* de 1605, lleva la misma final (Anónimo, 1992 [1605]: 13).

Morrone, el jibo o “*Pilosocereus tweedyanus* (Britton & Rose) Byles & G.D. Rowley [...] se encuentra en las provincias de Azuay, El Oro, Guayas, Loja, Manabí y Santa Elena. Esta especie también ha sido registrada en el norte de Perú (Madsen 1989)” (Loaiza y Morrone, 2011: 223).

Pese a no tener relaciones onomásticas con otras voces, el perfil fonético y silábico del fitónimo se aproxima al de una lengua barbacona. Un análisis de su estructura podría incluso arrojar alguna luz sobre su origen. Si aceptamos una posible segmentación entre /xi/ y /bo/ a modo de hipótesis, tendríamos la posibilidad de explicar incluso parte de su semántica. En estos términos, el sufijo /bo/ estaría emparentado con el tsa’fiki *po* ‘espina’, habiéndose sonorizado (/p/ → /b/) por la nasal del sufijo precedente. La base /ji/ estaría emparentada a su vez con el tsa’fiki *jelen* ‘selva, monte, silvestre’ (en cha’palaa, *jeen*). Por lo tanto, *jibo* podría significar algo así como ‘espina del monte’ o ‘espina de la selva’. En tsa’fiki actual, *bonbo* es el puerco espín (sp. *Coendou bicolor*), vocablo que es posible dividir en los segmentos homófonos [bo] y [bo] unidos por el infijo adjetivizador /n/; mientras el primero proviene de *po* ‘espina’—lo que demuestra un proceso de sonorización similar al mencionado anteriormente—el segundo se refiere a un sufijo clasificador cuyo origen es el vocablo *bolon* ‘grupo’ y sirve para referirse a ‘un conjunto de elementos’, en este caso, de espinas. Reconocemos lo preliminar de este análisis, cuya confirmación requiere un estudio etimológico para otros fitónimos semejantes.

El *sapán*, conocido también como cerezo o sapán de paloma, es un árbol de la familia de las cannabáceas, propio de los bosques secos, que alcanza los trece metros de altura, con corteza lisa de color gris y café grisáceo, de hojas simples y flores blanco verdosas (Aguirre Mendoza, 2012: 25). Según este autor, “la madera es utilizada para carbón, leña, postes, vigas y construcciones pequeñas. Las hojas, flores y frutos sirven como forraje para el ganado vacuno y caprino. La legumbre molida se utiliza para cicatrizar heridas, la semilla y corteza para curar las caries y, en cocción, realizando gárgaras, para las amígdalas” (Ibíd.). Como en los casos anteriores, el fitónimo *sapán* se ha convertido en topónimo en virtud de la abundancia de la especie en una zona determinada. Se identificaron al menos dos topónimos con este nombre: un hidrónimo afluente del río Paján, y un lugar en la provincia de Los Ríos. Aunque por su estructura morfológica—específicamente, el segmento final /an/—bien podría pertenecer a una lengua no barbacona, encontramos el vocablo *sapan* en tsa’fiki (Moore 1966), donde se refiere específicamente a la fibra que se obtiene del árbol y sirve para la fabricación de canastos, uso que se ha reportado también entre los Awa de Ecuador y Colombia (Guzmán Noguera, 2011: 21).

El *cascol*, también conocido como charán verde en Loja, es otro de los fitónimos identificados en el valle de Valdivia. Se trata de un árbol caducifóleo endémico de la Costa central del Ecuador y el piedemonte andino occidental. Alcanza los trece metros de altura; su corteza es delgada, sus flores en corimbos y su fruto negro verdoso. Sus usos son múltiples. Se utiliza la madera para carbón, leña, postes y vigas; las hojas, para forraje de ganado vacuno y caprino; la legumbre se muele y sirve para cicatrizar heridas; y la semilla y corteza, para caries y amigdalitis (Aguirre Mendoza, 2012: 14).

La inspección de las recopilaciones onomásticas arrojó una posible relación con dos topónimos y un fitónimo de la Costa: primero, con el topónimo *Cascol*, cabecera parroquial del cantón Paján en la Provincia de Manabí; segundo, con el topónimo *Nobol*, actualmente el nombre de un cantón en la provincia del Guayas, pero también, según Paz y Miño (1961), el nombre primitivo del pueblo de Piedrahita en el mismo cantón; tercero, con el fitónimo *Nascol*, el cual, según la anónima *Descripción de la ciudad de Guayaquil* (1605), se refiere a un árbol “cuya fruta es también como algarroba y sirve para teñir de negro” (citado en: Ponce Leiva, 1994: 13).

Según podemos observar, los tres nombres llevan la terminación /ol/. Hasta donde conocemos, ninguna lengua barbacona actual presenta un sufijo similar. Sin embargo, el *Diccionario Toponímico* de Paz y Miño (1961-1964) registra una veintena de otros nombres con la misma terminación: para ser más precisos, uno terminado en /bol/ y diecinueve en /sol/,

cuya grafía oscila entre <s>, <z> y <zh>. Todos estos nombres, sin embargo, están fuera del área de influencia de la cultura manteño-huancavilca y se encuentran dentro de aquella de la zona puruhá-cañari: por ejemplo, *Shobol*, hacienda en la provincia de Chimborazo; *Capsol*, lugar en la ruta del ferrocarril Sibambe-Cuenca, Chimborazo; *Viezol*, parcialidad de Sigsig en la provincia del Azuay; *Pucarzol* y *Toctezol*, lugar en Cañar. Por su frecuencia y capacidad combinatoria—los dos últimos ejemplos muestran su uso con raíces de origen quichua—es posible postular /sol/ como una marca toponímica.

Es muy probable también que /bol/ (*Nobol* y *Shobol*) y /kol/ (*Cascol* y *Nascol*) sean otras dos marcas onomásticas, aunque no podemos saber si se refieren a accidentes geográficos o a especies vegetales. Se puede postular la variación vocálica [o] ~ [u] para las tres marcas, lo cual pondría en evidencia el origen etnolingüístico similar de voces como la ya mencionada *Cas-col* [kaskol] y otras que aparecen en la Costa como *Ma-cul* [u]. En cualquier caso, esta evidencia se suma a la presentada en apartados anteriores sobre la penetración de una lengua puruhá-cañari en la Costa ecuatoriana, quedando por determinar su estrato, es decir, si fue contemporánea o anterior a la presencia barbacooana.

El último de los fitónimos que analizamos se refiere a una especie de amplia distribución geográfica que se encuentra en casi todo el continente americano. El *casamey* peludo, conocido también como *nigua* y *mullaca* (del kichwa), entre otros muchos nombres, es una planta solanácea que alcanza un metro de altura, de tallos ramificados, flores en forma de campanilla y fruto en baya, con propiedades medicinales. No hemos encontrado un nombre homófono en la onomástica consultada. Sin embargo, es posible trazar algunas relaciones para el segmento /kasa/, que al parecer se trata de una radical²⁴. En efecto, /kasa/ aparece en siete voces, entre topónimos (*Casacay*, hacienda en la orilla izquierda del río Jubones; *Casadél*, lugar en Nabón, Azuay; *Casaguaico*, hacienda en la provincia de Chimborazo), hidrónimos (*Casadél*, laguna de Nabón; *Casacay*, afluente izquierdo del Jubones) y orónimos (*Casacopte*, loma al ONO de la hacienda Deleg-zól; *Casaguala*, monte al oeste de Sagoatoa, Tungurahua). Como se observa, todas las voces se refieren a lugares, ríos, lagunas o montes que se encuentran en la zona de influencia puruhá-cañari.

Esto concluye la discusión sobre la evidencia toponímica, antroponímica y fitonímica obtenida a través del levantamiento de información en campo y archivo. Los resultados confirman la presencia de grupos “colorados” en toda la Costa del Ecuador, pero evidencian al mismo tiempo la presencia de lenguas no-barbacooanas en la región, específicamente asociadas con las culturas puruhá y cañari. En la última sección consolidamos esta evidencia en el marco del modelo de migraciones barbacooanas propuesto por Lippi (2004).

Conclusiones

El presente estudio continuó el análisis de la evidencia etnohistórica y onomástica sobre las lenguas prehispánicas de la Costa ecuatoriana que realizamos en contribuciones anteriores (Gómez Rendón, 2010, 2013, 2015). En dichas contribuciones exploramos la composición lingüística de la Costa norte y del interior de la Costa central, contrastando en cada caso la evidencia onomástica con la información etnohistórica y arqueológica disponible, a fin de identificar culturas con las que pudieran asociarse las entidades lingüísticas que revela el registro onomástico. En esta contribución nuestro objetivo fue explorar la composición lingüística del litoral de la Costa centro-sur y su hinterland inmediato. Para ello, dispusimos de bases de datos

24 Del segmento final /mey/, poco se puede decir con certeza a más de su ocurrencia en el segmento final del topónimo Mamey, nombre de un sitio que aparece en el Libro de Inscripción de Títulos (ca. 1764). Es posible plantear también una relación con el topónimo Muey (caserío al OSO. de la villa de Santa Elena) si asumimos la caída de la primera vocal del diptongo /ue/. Este sufijo podría estar asociado a su vez con la raíz /mui/ de Muizán (sitio en la parroquia de Simiatug) y Muirong (lugar en el Azuay), ambas voces dentro del territorio puruhá-cañari (Paz y Miño, 1961-1964).

digitalizadas a partir de recopilaciones toponímicas y cartas topográficas oficiales, así como de información antroponímica y fitonímica recogida en campo y archivo para obtener una base comparativa mayor.

Luego de exponer lo que se conoce desde la etnohistoria sobre la composición étnica de la Costa ecuatoriana y preguntarnos por las lenguas que se hablaron en el área de estudio, tradicionalmente asociada con la cultura manteño-huancavilca, pasamos a evaluar las marcas toponímicas propuestas por Jijón y Caamaño (1919) como propias de los llamados “pueblos de marinos” que habitaban a lo largo del litoral centro-sur y su hinterland inmediato. Apoyados en la información de lenguas vivas como el tsa’fiki y el cha’palaa, analizamos la escasa evidencia disponible y reconocimos en ella una clara impronta barbacoana, es decir, un parentesco directo con las lenguas habladas por grupos “colorados”, así llamados por su uso del achiote, que pertenecen a la familia lingüística barbacoana. Para confirmar nuestro análisis, añadimos evidencia antroponímica y fitonímica de la penetración barbacoana en la Costa del Ecuador a partir del estudio de nuevos datos, provenientes de nuestro trabajo de campo y archivo en la microcuenca del río Valdivia y en las zonas aledañas de Colonche y Chanduy en la provincia de Santa Elena. El análisis de los datos antroponímicos y fitonímicos entregó más pruebas de la presencia barbacoana en el extremo occidental de la Costa ecuatoriana, desde el centro de Manabí hasta la provincia de El Oro. Al mismo tiempo, sacó a la luz evidencia que confirmaba el parentesco de un conjunto de voces con las marcas propias de las lenguas puruhá, cañari y esmeraldeña.

Pese a toda esta evidencia, podría ser muy temprano para asociar con certeza una lengua “colorada” a la cultura manteño-huancavilca. Como insistimos a lo largo de este artículo, es peligroso establecer una relación unívoca entre lengua y cultura. Esta reserva de nuestra parte se apoya en la presencia de otras entidades lingüísticas (no-barbacoanas) en el área de estudio. Será labor de la futura investigación onomástica determinar si dicha presencia apunta a diferentes estratos de ocupación del territorio.

Para concluir, queremos hacer una lectura de nuestros hallazgos en el marco del modelo de migraciones barbacoanas propuesto por Lippi (2004), pues consideramos que ofrece la mejor referencia para orientar su correcta interpretación. Según este autor, hubo dos migraciones de los pueblos de habla barbacoana desde el centro y sur de Colombia hacia el territorio del actual Ecuador. La primera involucró a los grupos barbacoanos meridionales. Estos habrían llegado al Ecuador hacia el año 700 d.C., asentándose en la Sierra centro-norte y el flanco noroccidental de los Andes. Los barbacoanos meridionales serían los antepasados de los históricos Caranquis y Panzaleos, de los antiguos Yumbos y de los extintos grupos “colorados” de Sigchos y Angamarca. También serían los antepasados de los actuales Tsáchila y Chachi, ubicados ambos al oeste de los Andes, los primeros en el piedemonte occidental, los segundos en las cuencas de los ríos Cayapas y Santiago. La segunda migración involucró a los llamados grupos barbacoanos septentrionales. La ruta de migración de estos grupos fue inicialmente la Sierra norte, pero, en palabras de Lippi (2004: 268s),

“con las tierras serranas más sureñas llenándose de pueblos PBM [Proto-barbacoanos meridionales], los PBS [Proto-barbacoanos septentrionales] migraron hacia el occidente asentándose en el piedemonte andino y en la planicie costera [...] los PBS que vivían cerca de la costa se expandieron más hacia el sur y en pocos siglos llegaron a ocupar gran parte de la zona baja costera del norte del Ecuador, desde el piedemonte de los Andes hasta el mar; es probable que se mezclaron con algunas etnias locales que ya llevaban mucho tiempo allí”.

Los grupos barbacoanos septentrionales serían antepasados de los actuales Awá, como también de los antiguos Pastos de la Sierra norte, de los históricos Niguas de Esmeraldas, y probablemente de los Campaces. El área geográfica que comprende este modelo de migraciones explica la extensa toponimia barbacoana encontrada en los contrafuertes y el piedemonte

occidental de los Andes (Gómez Rendón 2015), como también la evidencia onomástica que hemos presentado en este estudio para el litoral centro-sur. Más todavía, permitiría explicar, al menos en parte, la coexistencia de nombres esmeraldeños y barbacoanos en varias zonas de la Costa centro-norte como producto de dos ocupaciones diferentes.

Antes de confirmar la validez definitiva del modelo, sin embargo, es necesario continuar con el estudio de la onomástica prehispánica; no sólo analizar los datos con perspectiva interdisciplinaria y científica rigurosa, sino además, considerando la escasez de información disponible debido a la temprana castellanización de la Costa, sacar a la luz la toponimia, antroponimia y fitonimia que reposa en los archivos locales y en la memoria de las propias comunidades, herederas de los antiguos hablantes de la que podríamos llamar fue la verdadera “lengua de los llanos”.

Bibliografía

- Acosta-Solís, M. 1948, “Tagua or vegetable ivory – a forest product of Ecuador”, en: *Economic Botany* 2, pp. 46-57.
- Aguavil, Calazacón, R. 1998, “Calendario y etnobotánica tsachi”, Informe de investigación de campo, enero – diciembre 1998, proyecto de Idiomas Vernáculos, proyecto Tsafiquí, Museo Antropológico del Banco Central del Ecuador, Guayaquil.
- Aguirre Mendoza, Z. 2012, *Especies forestales de los bosques secos del Ecuador*, Ministerio del Ambiente del Ecuador, Quito.
- Alcedo, A. de. 1786, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. 5 vols, Imprenta de Benito Cano, Madrid.
- Álvarez, S. 2001, *De huancavilcas a comuneros. Relaciones interétnicas en la Península de Santa Elena, Ecuador*, 2ª edición, Abya Yala – Codenpe, Quito.
- Anónimo. 1994, “Razón de los indios tributarios que hay en la provincia de la ciudad de Santiago de Guayaquil y del tributo que pagan a los encomenderos en cada un año y de lo que pagan a juez protector y doctrinero (1577)” [19], en: Ponce, P (Comp.) *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX)*, tomo I, Marka, Abya- Yala, Quito.
- Anónimo. 1994, “Descripción de la ciudad de Guayaquil, (1604/5)” [52], en: P. Ponce (Comp.) *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX)*, tomo II, Marka, Abya- Yala, Quito.
- Anónimo. 1994, “Relación de Guayaquil (h. 1772)” [72], en: P. Ponce (Comp.) *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX)*, tomo II, Marka, Abya- Yala, Quito.
- Barret, S. A. 1925, *The Cayapa Indians of Ecuador*, Indian Notes and Monographs No. 40. Museum of American Indians. Haye Foundation. 2 Vols., New York.
- Benzoni, G. 1857 [1572], *History of the New World*, Hakluyt Society, Londres.
- Buchwald, O. von. 2007 [1917], “Tolas ecuatorianas”, en: G. Costa von Buchwald (Ed.) *Otto von Buchwald. Ingeniero 1843-1934*, Lenguas amerindias, Impresión Poligráfica, Guayaquil, pp. 65-68.
- Caillavet, Chantal. 1983, “Toponimia histórica, arqueología y formas prehispánicas de agricultura en la Región de Otavalo – Ecuador”, en: *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 1983 XII, (3-4) : 1-21.
- Cieza de León, P. 2005 [1550], *Crónica del Perú. El señorío de los incas*, biblioteca Ayacucho, 226, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Cornejo, X. 2014, *Árboles y Arbustos de los Manglares del Ecuador*, MAE & FAO, Quito, 2014.
- Curnow, T. y Liddicoat A. 1998, “The Barbacoan Languages of Colombia and Ecuador”, en: *Anthropological Linguistics* 40 (3), pp.384-408.
- DeBoer, W. 1996, *Traces Behind the Esmeraldas Shore. Prehistory of the Santiago-Cayapas Region, Ecuador*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa y Londres, 1996.
- Delgado-Espinoza, F. 2002, *Intensive agriculture and political economy of the Yaguachi chiefdom of Guayas Basin, Coastal Ecuador*; tesis doctoral, Universidad de Pittsburgh.
- Dickinson, C. 2002, *Complex Predicates in Tsafiki*, tesis doctoral, universidad de Oregon.
- Espinoza Soriano, W. 1998, “El reino de los Chono, al este de Guayaquil, siglos XV y XVI: el testimonio de la arqueología y la etnohistoria”, en: *Historia Ecuatoriana: Estudios y Documentos*, Abya Yala, Quito, pp. 125-191.
- Estete, M. de. 1919, “Descubrimiento y conquista del Perú”, en: *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, vol. 1, Quito.
- Estrada, E. 1954, *Ensayo preliminar sobre Arqueología del Milagro*, Publicaciones del Archivo Histórico del Guayas, Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil.
- Estrada, E. 1957, *Últimas civilizaciones prehistóricas de la Cuenca del Río Guayas*, Museo Víctor Emilio Estrada, Guayaquil.
- Fabre, A. 2005, “Barbacoa”, en: *Diccionario etnolingüístico y guía bibliográfica de los pueblos indígenas sudamericanos*, edición electrónica regularmente actualizada desde 2005, <http://www.ling.fi/Entradas%20diccionario/Dic=Barbacoa.pdf>, consultado el 04.15.2021.
- Fernández de Oviedo y Valdez, G. 1855, *Historia General y Natural de las Indias*, Vol. IV, Madrid.
- Gómez Rendón, J. 2019, “El palimpsesto esmeraldeño. Tejidos de léxico, tejidos de historia”, en: Andrade, L. et al. (Eds.). *Léxico y contacto de lenguas en los Andes*, Peter Lang, Berlín, Alemania, pp. 151-183.
- 2017, “Las lenguas barbacoanas y el quechua”, en: *Pucará Revista de Humanidades y Educación*, 28, pp. 55-97.
- 2015, *Los Colorados. Ethnohistoria y Toponimia*, Informe de Investigación, Universidad Andina Simón Bolívar.

- 2013, “Deslindes lingüísticos en las tierras bajas del Pacífico Ecuatoriano. Segunda Parte, *Antropología-Cuadernos de Investigación*, Revista de la Escuela de Antropología, No. 12, pp. 13-59.
- 2010, “Deslindes lingüísticos en las tierras bajas del Pacífico Ecuatoriano. Primera Parte”, en: *Antropología-Cuadernos de Investigación*, revista de la Escuela de Antropología, No. 10, Quito, pp. 77-107.
- s/f, *Etnolingüística e historia de los grupos colorados de los Andes y el Pacífico ecuatorianos*. Ediciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en prepración.
- González, D. “Los pueblos nativos del distrito de Puerto Viejo durante el siglo XVI: crisis y transformaciones”, en: Noboa Jiménez, E. (Coord.), *Estudios Multidisciplinarios en cinco espacios prehispánicos tardíos del Ecuador*, Senescyt, INPC y universidad de Cuenca, Quito, pp. 51-70.
- Guzmán Noguera, O. 2011, *Los árboles aislados en el territorio del pueblo indígena +nkal awa. Un estudio de caso en la frontera entre Colombia y Ecuador*, Universidad Internacional de Andalucía, Sevilla.
- Horna, R. 1990, *Primer Inventario de la Flora y Fauna de Valdivia y Áreas Adyacentes*, Museo de Arqueología e Historia Natural, ESPOL, Guayaquil.
- Jara, H. 2006, *Tulipe y la cultura yumbo. Arqueología comprensiva del subtrópico quiteño*, 3 volúmenes, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito, Quito.
- Jijón y Caamaño, J. 1998, *El Ecuador Interandino y Occidental antes de la conquista castellana*, Quito: Editorial Ecuatoriana, vol. 1 (1940), vol. 2 (1941), vol. 3 (1943), vol. 4 (1945), Abya-Yala, edición facsimilar, Quito.
- 1919, “Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador Interandino y Occidental, con anterioridad a la Conquista Española. Ensayo Provisional”, en: *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, No. 6, edición especial, Quito.
- León Borja de Szászdi, D. 1964, “Prehistoria de la costa ecuatoriana”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 21, pp. 381-436.
- Lippi, Ronald. 2004, “La expansión de las poblaciones barbacoanas en el noroeste del Ecuador”, *Revista de Arqueología del Área Intermedia* 6, pp. 249-276.
- 2003 *Tropical Forest Archaeology in Western Pichincha*, Wadsworth Publishing, New York.
- 1998, *Una Exploración Arqueológica del Pichincha Occidental*, Pontificia Universidad Católica del Ecuador y Consejo Provincial de Pichincha, Quito.
- 1986, “La arqueología de los yumbos”, en: *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, 6, Número Monográfico: Arqueología y Etnohistoria del Sur de Colombia y Norte del Ecuador, J. Alcina Franch y S. Moreno Yáñez (compiladores), Banco Central del Ecuador y Ediciones Abya-Yala, Quito, pp. 189-207.
- Loaiza, C. y Morrone, J. 2011, “Análisis panbiogeográfico de algunas cactáceas del Ecuador”, en: *Gayana Botánica* 68 (2), pp. 220-225.
- Meggers, B. J. 1966, *Ecuador*, Thames and Hudson, Londres.
- Mix, R. 1991, “Tsañiqi locatives: paths of grammaticalization”, Paper for the course of Linguistic Theory (Semantics). Manuscrito inédito.
- Montufar y Fraso, J. P. 1994, “Razón sobre el estado y gobernación política y militar de las provincias, ciudades, villas y lugares que contiene la jurisdicción de la Real Audiencia de Quito (1754)” [63], en: Ponce, P. (Comp.), *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito (siglo XVI-XIX)*, tomo II, Marka, Abya- Yala, Quito.
- Moore, B. 1966, *Diccionario. Castellano-Colorado. Colorado-Castellano*, Instituto Lingüístico de Verano, Quito.
- Newson, L. A. 1995, *Life and Death in Early Colonial Ecuador*, The civilization of the American Indian Series, No. 214, University of Oklahoma Press, Oklahoma.
- Palop Martínez, J. “Mapa étnico del sur de Colombia y norte del Ecuador durante los siglos XVI-XVII”, en: *Revista Española de Antropología Americana* 24, pp. 139-153.
- Paz y Miño, L. T. 1961, *Estudios sobre prehistoria ecuatoriana*, Gráficas Cyma, Quito.
- 1961-1964, “Las lenguas indígenas del Ecuador. Diccionario Toponímico”, en: *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Vol. XLIII-LVIX, Nos. 98.
- Pearsall, D. y James, Z. 1994, “Regional Environment, Cultural Chronology and Prehistoric Subsistence in Northern Manabi”, en: Zeidler, J. y D., Pearsall (Eds.). *Regional Archaeology in Northern Manabi., Ecuador, volume 1. Environment, Cultural Chronology and Prehistoric Subsistence in the Jama River Valley*, university of Pittsburgh and ediciones Libri Mundi, Quito, pp. 201-216.
- Pérez, A. 1962, “Los Seudo-pantsaleos”, en: *Llacta* No. 14, Quito.
- Ponce Leiva, P. 1994, *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito: S. XVII-XIX*, volumen 2, Ediciones Abya Yala, Quito.

- Powers Vieira, K. 1994, *Prendas con pies. Migraciones indígenas y supervivencia cultural en la Audiencia de Quito*, ediciones Abya Yala.
- Ramírez, A. 2010, “Estudio Histórico del Devenir de las Comunas del Valle de Valdivia”, Informe del Proyecto Valdivia, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural-Guayas, Quito.
- Requena y Herrera, F. “Descripción histórica y geográfica de la provincia de Guayaquil, (1774)” [73], en: Ponce, P, (Comp.) *Relaciones Histórico-Geográficas de la Audiencia de Quito* (siglo XVI-XIX), tomo II, Marka, Abya- Yala, Quito, 1994.
- Beuchat, H. y Rivet, P. 1910, “Affinités des langues du sud de la Colombie et du nord de l’Equateur (groupes Paniquita, Coconuco et Barbacoa)”, en: *Le Muséon* 11, pp. 33-68.
- Salomon, F. 1997, *Los yumbos, niguas y tsatchila o “colorados” durante la colonia española*, Etnohistoria del noroccidente de Pichincha, Ecuador, Editorial Abya Yala, Quito.
- Sámanos, J. de. 1884 [1526], “Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro”, en: *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. Vol. V, Madrid.
- Seler, E. 1902, “Die sprache der Indianer von Esmeraldas”, en: Seler, E, *Gesammelte Abhandlungen zur altamerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, Vol. 1, A. Asher & Co, Berlín, pp. 49-64.
- Szászdi, A. 1981, “Dos fuentes para la historia de la empresa de Pizarro y Almagro: La ‘Crónica Rimada’ y la Relación Sámano”, en: *Historiografía y bibliografía americanistas* 25, pp. 89-146.
- Torres Fernández de Córdova, G. 2002, *Lexicón Etnolectológico del Quichua Andino*, Tumipanpa, 3 vols. Cuenca.
- Ventura i Oller, M. 2012, *En el cruce de caminos. Identidad, cosmología y chamanismo tsáchila*, FLACSO, Abya Yala & IFEA, Quito.
- Xomchuk, I. “Recopilación de los topónimos de la zona de la baja cuenca del Guayas y de Península de Santa Elena, Siglos XVI–XVII”, en: *Cuadernos de Historia y Arqueología* 46–47, pp. 67–78.
- Wolf. T. 1892, *Geografía y geología del Ecuador*; Tipografía de F. A. Brockhaus, Leipzig.
- Zeidler, J. y Pearsall, D (Eds.) 1994, *Regional Archaeology in Northern Manabi., Ecuador; Volume 1. Environment, Cultural Chronology and Prehistoric Subsistence in the Jama River Valley*, University of Pittsburgh & Ediciones Libri Mundi.
- Zeidler, J. y Sutliff, M. 1994, “Definition of Ceramic Complexes and Cultural Occupation in the Jama Valley”, en: Zeidler, J. y Pearsall, D. (Eds.). *Regional Archaeology in Northern Manabi., Ecuador; Volume 1. Environment, Cultural Chronology and Prehistoric Subsistence in the Jama River Valley*, University of Pittsburgh & ediciones Libri Mundi, Quito, pp. 111-130.

Fuentes primarias

- “Indios de Chanduy y Colonche para que se les exima del servicio de vigías” (AHG EP/J 2459 [1803]).
- “Pedro Chaparro y Manuela Tomalá, caciques principales del pueblo de Baba, contra Marcos Avellán sobre la nulidad de una compra hecha a Manuela Tomalá de una parte del sitio de Carrizal” (AHG, EP/J 6032 [1806]).
- “Litigio por el pueblo de Colonche en el partido de Santa Elena sobre el despojo que le infieren los naturales vecinos del pueblo de la Punta en sus sitios de la Cueva y Carrizal” (AHG, EP/1153 [1810-13]).
- “Inscripción de los títulos de los sitios de Sacachún y Mamey de la Jurisdicción de la parroquia Chanduy del cantón Santa Elena en la provincia del Guayas”. Santa Elena, Provincia de Santa Elena, 1945 [1764].